

San José, Costa Rica

1926

Sábado 17 de Julio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El Defensor de Centro América*, por R. Fernández Guardia.—*L. E. Nieto Caballero*.—*El honroso Decreto que dispone la erección de un bronce a Mora*.—*Respuesta al Cuestionario del señor Vincenzi*, por Arturo Torres Rioseco.—*El Club du Faubourg*, por Gabriela Mistral.—*Germán Arciniegas*.—*Complemento al Cuestionario del Rep. Am.*, por M. Vincenzi.—*Guillermo Jiménez y la crítica francesa*.—*El tercer Congreso Georgista*.—*Cantos a mi Muerta Viva*, por Fabio Fiallo.—*Página lírica* de Andrés Avelino.—*La oblación*, por Jorge Mañach.—*Don Illán el Mágico*, por Azorín.—*Musas itálicas*, por José Fabio Garnier.—*Dos editoriales oportunos de El Sol* de Madrid.—*La hormiga*, por Horacio Rega Molina.

EN la ciudad de San José se va a erigir un monumento a don Juan Rafael Mora. Así lo ha decretado por unanimidad de votos el Congreso de Costa Rica¹.

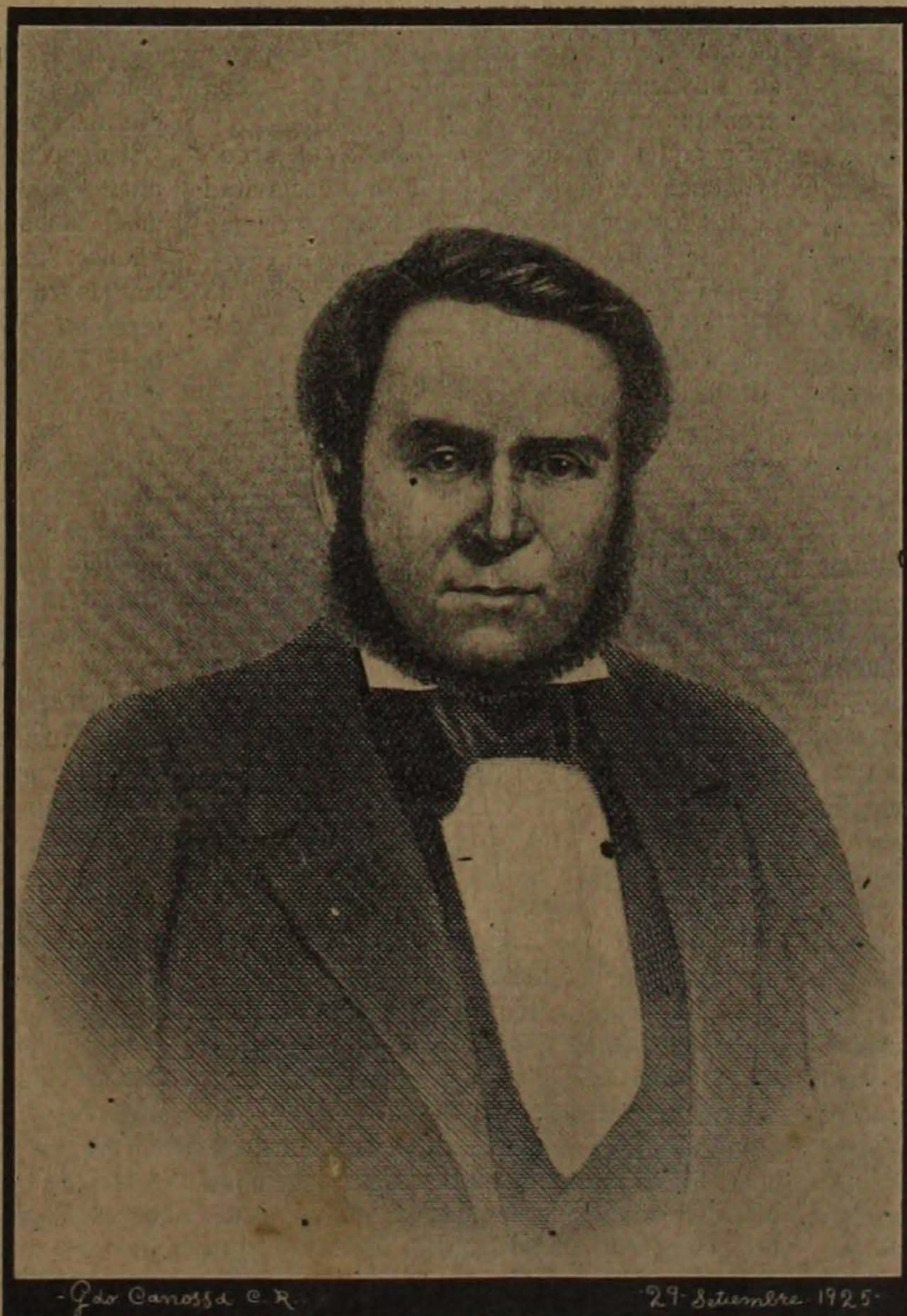
El nombre de Mora, venerado en las cinco repúblicas que formaron la antigua Federación centroamericana, es hoy casi desconocido en los demás países de la América española, no obstante la fama de que en todos ellos gozó a mediados del siglo XIX, con motivo de uno de los conflictos más graves que se han suscitado entre los descendientes de Inglaterra y los de España en el Nuevo Continente. Centro América estuvo entonces a punto de perder su independencia, salvándola Juan Rafael Mora de tan terrible peligro. Su memoria merece por consiguiente ser honrada en todas las naciones de nuestra raza y su nombre inscrito en el libro de oro de los grandes libertadores.

Recordemos sumariamente los acontecimientos, en obsequio de los lectores no centroamericanos del REPERTORIO. En 1854 había estallado la guerra civil en Nicaragua entre democráticos y legitimistas. Había dos gobiernos y dos capitales. En León mandaban los primeros y en Granada, los segundos. Ninguno de los dos bandos era bastante fuerte para dominar al otro. Así las cosas se presentó un día ante el jefe de los demócratas un aventurero norteamericano, ofreciéndole un contingente de mercenarios californianos a cambio de concesiones de tierras. Don Francisco Castellón, cegado por el odio a

El Defensor de Centro América

Costa Rica se negó desdeñosamente a discutir el derecho que Nicaragua tenía de emplear americanos para su servicio militar. Mora no quiso escuchar la voz de la razón y en actitud provocante empuñó el clarín y tocó a guerra.

WILLIAM WALKER.



Mora en 1859

(Cortesía de LA TRIBUNA)

sus adversarios, aceptó la oferta falaz y el 16 de junio de 1855 arribaron a Nicaragua, en el bergantín *Vesta*, los primeros filibusteros capitaneados por William Walker, el mismo que en 1853 había invadido el territorio mexicano de la Baja California con una pandilla de facinerosos, fundando allí la efímera «República de Sonora», de la que se proclamó «presidente».

Con el nombre de Falange americana entraron los mercenarios a servir en el ejército democrático, como cuerpo independiente, y su jefe recibió el despacho de coronel. Walker, caudillo muy temible por su talento, valor, energía, audacia y ambición desenfrenada, era médico y abogado, carreras que abandonó para entregarse al periodismo y a una vida de aventuras que lo llevó a California, punto de cita en aquel entonces de todos los que buscaban la fortuna por cualquier camino, inclusive el del crimen. Su expedición a la Baja California, a pesar de haber sido un desastre, le dió fama de ser un hábil conductor de hombres y esta circunstancia hizo que se le escogiese para capitanear la nueva empresa filibustera destinada, según decían sus organizadores, a regenerar a Nicaragua y a toda la América Central.

¿Cómo debía hacer esto? El mismo Walker nos lo dice en el libro que publicó a principios de 1860 con el título de *La Guerra de Nicaragua*. La base fundamental de la regeneración proyectada era el restablecimiento de la esclavitud, abolida en Centro América desde 1824. Sobre esta base debía edificarse una república de carácter

¹ Véase en la página 36 de esta entrega, el Decreto a que se alude.

militar, compuesta de tres castas: la de los blancos de habla inglesa, que serían los dueños de la tierra; la de los esclavos para cultivarla, formada de negros e indios de pura raza, y la de los mestizos, verdaderos parias, que debían ser despojados y destruidos sin piedad. «Teniendo como compañero al negro esclavo—escribe Walker—, el hombre blanco llegaría a arraigarse allí, y juntos el uno y el otro destruirían el poder de la raza mestiza que es la perdición del país. El indio puro no tardaría en caer dentro de la nueva organización social, porque no aspira al poder político y sólo pide protección para el fruto de su trabajo... Por consiguiente la esclavitud negra tendría en Nicaragua una doble ventaja. A la vez que proporcionaría mano de obra para la agricultura, tendería a separar las razas y a destruir los mestizos, causantes del desorden que ha reinado en el país desde la Independencia». Tal era la «regeneración» que Walker tenía en mira. Para realizar su plan sólo contaba al principio con el auxilio de algunos aventureros de los que aspiraban a seguir despojando a México de sus territorios, en provecho de los Estados Unidos, y estaban dispuestos a hacer lo mismo con cualquier otro país hispanoamericano. Pero una vez que Walker llegó a ser el amo de Nicaragua, vinieron en su ayuda la Compañía Accesoria del Tránsito y los esclavistas del Sur, que gastaron ingentes sumas en proveerlo de hombres, armas y pertrechos de todo género, a vista y paciencia del Gobierno de Washington.

Walker se estrenó en Nicaragua con la sangrienta derrota que le infligieron los legitimistas en Rivas el 29 de junio de 1855. Consiguió rehacerse, y el 3 de setiembre, auxiliado por tropas democráticas, obtuvo su primera victoria en La Virgen. Habiéndose apoderado luego de uno de los vapores de la Compañía del Tránsito, que navegaba en el lago de Granada, logró sorprender el 13 de octubre esta ciudad, a la sazón casi desguarnecida. Una vez dueño de la capital legitimista, su voluntad imperó en el bando demócrata; pero aun le faltaba reducir al general en jefe de las tropas legitimistas don Ponciano Corral, que se había fortificado en Masaya. Para infundir el terror y obligarlo a capitular, Walker ordenó el fusilamiento de don Mateo Mayorga, uno de los Ministros del Gobierno legitimista, y redujo a prisión a los ciudadanos más notables de Granadá, enviando a decir a Corral que si no accedía a sus proposiciones de paz, haría ejecutar a noventa personas de las más distinguidas de la sociedad granadina, aun cuando tuviese que echar mano de señoras para ajustar este número. Corral cedió ante la salvaje amenaza, firmando el 23 de octubre un tratado con el «Regenerador», mediante el cual fué establecido un gobierno mixto bajo la presidencia de don Patricio Rivas. A Corral se le nombró Ministro de la Guerra y a Walker general en jefe del ejército, convirtiéndose éste de hecho en amo absoluto de Nicaragua.

El fusilamiento de Corral, ordenado por Walker el 8 de noviembre, por haber sor-

prendido una carta en que el Ministro de la Guerra apuntaba el peligro que corría la independencia de Centro América, acabó de difundir el terror.

Los gobiernos de Guatemala, El Salvador y Honduras miraron al principio con pasmosa indiferencia lo que sucedía en Nicaragua. Afortunadamente el Presidente de Costa Rica, don Juan Rafael Mora, vió desde el primer instante toda la gravedad de la situación, esforzándose en hacer comprender el peligro común a sus colegas de aquellos Estados hermanos y la urgencia de conjurarlo. En efecto, una acción conjunta y rápida de todos ellos, habría dado fácilmente en tierra con Walker, antes de que éste pudiera consolidar su poder en Nicaragua con los refuerzos y auxilios de toda clase que recibía de los Estados Unidos. Por desgracia se perdió un tiempo precioso en vacilaciones y en acariciar la esperanza de que Inglaterra o Francia acudirían en socorro de Centro América, para evitar que la futura ruta del canal interoceánico cayese en poder de los norteamericanos. El mismo Mora abrigó algún tiempo esta ilusión, siempre combatida por su hábil Ministro en Washington, don Luis Molina, el cual, juzgando con gran acierto el conflicto y las cuestiones internacionales y de política interna que suscitaba en los Estados Unidos, lo persuadió de que Centro América sólo debía «esperar su salvación de sí misma, obrando con prontitud y concierto».

En aquel entonces se debatía el arduo problema de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos, y los del Sur, que consideraban esta medida como su ruina, habían concebido el plan de separarse de los del Norte y formar una gran confederación esclavista, anexando a ésta todos los territorios situados en torno del Golfo de México y también las Antillas, empezando por Cuba. El buen éxito de Walker en Centro América abrió un nuevo campo a las ambiciones de los esclavistas y la Convención nacional demócrata, reunida en Cincinnati, declaró el 3 de junio de 1856 que miraba con simpatía los esfuerzos que se estaban haciendo para regenerar a Nicaragua, obligándose a darles su apoyo si triunfaba en las elecciones presidenciales su candidato James Buchanan.

Cuando el Partido Demócrata norteamericano tomaba esta resolución, que era una amenaza de muerte para la independencia de Centro América, el presidente Mora había desenvainado ya la espada. Sin arredarse por la debilidad y la pequeñez de su país, que tenía entonces escasamente unos 120.000 habitantes; desoyendo los consejos de los timoratos y egoistas, que calificaban de locura quijotesca la acción armada contra Walker; negándose altivamente a escuchar las proposiciones de paz y amistad que éste le hacía, declaró la guerra a los filibusteros de Nicaragua el 27 de febrero de 1856. El pueblo de Costa Rica, que adoraba a Mora, a *Don Juanito*, como le llamaban todos, acudió delirante de entusiasmo patriótico a empuñar las armas. «Antes la muerte que la esclavitud» había

dicho Mora, y estas palabras traducían fielmente el sentimiento popular. El 20 de marzo la bandera de Costa Rica se cubría de gloria en los campos de Santa Rosa y el 11 de abril en la ciudad de Rivas. Walker, escarmentado y deshecho, se refugió en Granada; pero cuando nuestro pequeño ejército se preparaba a darle el golpe de muerte, estalló en sus filas una violenta epidemia de cólera morbo, obligándolo a abandonar el territorio de Nicaragua, que había regado con la sangre de casi un cincuenta por ciento de sus oficiales y soldados.

Posponiendo al fin sus conveniencias y odios de bandería al interés supremo de la patria, los principales caudillos del partido democrático nicaragüense rompieron con Walker. Sin embargo éste conservó a su lado bastantes elementos de ese mismo partido y se hizo elegir presidente de la República, tomando posesión el 12 de julio de 1856.

En seguida emitió varias leyes «con la intención—dice él mismo—de poner una gran parte de las tierras en manos de la raza blanca»; porque a fin de que los americanos poseyesen de manera estable el gobierno de la República, «necesitaban ser dueños de la tierra». El 12 de setiembre decretó el restablecimiento de la esclavitud. Al referirse a esta medida, Walker declara sin ambages que por ella debe juzgarse su gobierno, por ser la clave de toda su política. «El decreto que restablecía la esclavitud—añade—, al declarar cómo se proponían los americanos regenerar la sociedad nicaragüense, hacía de ellos los campeones de los Estados del Sur en el conflicto bien llamado *inevitable* entre el trabajo libre y el trabajo esclavo... El verdadero campo para ejercer la esclavitud es la América tropical; allí está el natural asiento de su imperio...»

Siguiendo el valeroso ejemplo de Costa Rica, las repúblicas de Guatemala y El Salvador enviaron tropas a Nicaragua para auxiliar a este infortunado país en su lucha contra el usurpador. Estas tropas se situaron en León. La brillante victoria de los patriotas nicaragüenses en San Jacinto el 14 de setiembre de 1856 levantó los ánimos y los Aliados marcharon sobre Masaya. Allí los atacó Walker el 12 de octubre; pero tuvo que acudir inmediatamente en socorro de Granada, que fué asaltada durante su ausencia por fuerzas de Guatemala. Tan pronto como hubo cesado en Costa Rica la epidemia de cólera, que destruyó la décima parte de su población total, Mora hizo un nuevo llamamiento al patriotismo costarricense y a pesar de las grandes dificultades de orden económico por que atravesaba el país, envió otra expedición a Nicaragua en noviembre de 1856. El 15 de este mismo mes Walker atacó por segunda vez a Masaya, teniendo que retirarse después de sufrir grandes pérdidas. La situación del filibustero era cada vez más difícil y por la necesidad que tenía de concentrar todas sus fuerzas para defender la línea del Tránsito, resolvió abandonar la ciudad de Granada. Por espíritu de venganza contra

los legitimistas ordenó su destrucción total por medio del fuego, acto de barbarie que fué fielmente ejecutado por el general Henningsen. El 14 de diciembre dejó éste clavada sobre los escombros una lanza con un cartel que decía en español: *Aquí fue Granada.*

Walker trasladó la sede de su gobierno y su cuartel general a Rivas; pero todos los sacrificios que hacían los centroamericanos para expulsarlo de Nicaragua resultaban casi inútiles mientras no pudieran arrebatárle el dominio del Tránsito. Con este nombre se designaba la vía de comunicación establecida entre los dos océanos por una Compañía norteamericana. Los puntos terminales de esta vía eran el puerto de San Juan del Norte en el Atlántico y el de San Juan del Sur en el Pacífico. El trayecto entre el primero de estos puertos y el de La Virgen, en el lago de Granada, se hacía en vapores por el río de San Juan y el lago. La Virgen y San Juan del Sur estaban enlazados por una carretera. Numerosos viajeros empleaban esta ruta interoceánica, especialmente los que de las costas orientales de los Estados Unidos se dirigían a California y viceversa. En Costa Rica se le daba el significativo nombre de «Camino real del filibusterismo», porque Walker recibía constantemente por ambos océanos refuerzos de hombres, armas, pertrechos y subsistencias de todo género, enviados por sus amigos y partidarios de los Estados Unidos, sin que el Gobierno de Washington pusiese ningún obstáculo a tan escandaloso tráfico.

Costa Rica era la llamada a cortar la vía del Tránsito en el río de San Juan, que forma en parte su frontera con Nicaragua. No obstante la inmensa dificultad de la empresa, Mora resolvió acometerla. Para llegar al río había que atravesar una extensa región cubierta de selvas vírgenes y totalmente desierta, circunstancias que hacían imposible el paso de una fuerza militar de alguna importancia. Una columna de sólo 250 hombres logró vencer todos los obstáculos naturales, apoderándose del campamento fortificado que tenían los filibusteros en la confluencia de los ríos Sarapiquí y San Juan. Siguió en balsas aguas abajo de este último y en la noche del 22 de diciembre de 1856 pudo sorprender cuatro vapores del Tránsito en San Juan del Norte. Una vez dueños de estos barcos, los valientes expedicionarios regresaron en ellos aguas arriba del San Juan, capturando de paso otros cuatro vapores, el Castillo Viejo y el fuerte de San Carlos que resguardaba la entrada del lago. Así cayó en poder de Costa Rica la vía del Tránsito en la vertiente del Atlántico, dejando a Walker privado de los recursos que recibía, principalmente de Nueva York y Nueva Orleans.

Después de la destrucción de Granada, Walker había reunido todas sus fuerzas en Rivas, fortificándose en esta ciudad. Los Aliados concentraron las suyas en el pueblo de San Jorge, situado en la margen occidental del lago. Durante los meses de enero

y febrero de 1857, Walker hizo cuatro ataques a San Jorge, que fueron otros tantos fracasos. En el mismo mes de febrero una fuerte expedición filibustera, procedente de Nueva York, trató de recuperar la vía del Tránsito, pero fué rechazada por los costarricenses que la defendían. Sin embargo, la discordia que reinaba entre los jefes de los diversos contingentes centroamericanos era un obstáculo gravísimo para el triunfo definitivo de los Aliados. Por fortuna y a iniciativa del Gobierno de Guatemala se convino en nombrar general en jefe de todas las tropas aliadas a don José Joaquín Mora, hermano del presidente de Costa Rica. Se puso sitio a la ciudad de Rivas y el 11 de abril fué asaltada vigorosamente. No obstante haber fracasado este asalto, que fué muy sangriento, Walker no tardó en verse reducido a una situación desesperada.

James Buchanan, candidato del partido demócrata, resultó electo presidente de los Estados Unidos; pero no le fué posible cumplir el compromiso de apoyar a los «regeneradores» de Nicaragua que adquirió la Convención de Cincinnati, porque Inglaterra gruñía y mostraba los dientes en virtud del tratado Clayton-Bulwer de 1850, por el cual las dos grandes potencias rivales se habían atado mutuamente las manos en Centro América. El Gobierno de Washington se limitó a enviar a San Juan del Sur un barco de guerra para salvar a Walker de caer en manos de los Aliados. Aceptada por los beligerantes la mediación del comandante de este barco, Walker capituló el 1.º de mayo de 1857 con los honores de la guerra, embarcándose para Panamá bajo el amparo de la bandera de las estrellas y las barras. A su regreso fué triunfalmente recibido en la esclavista Nueva Orleans y en la abolicionista Nueva York. A este respecto, el famoso literato norteamericano Richard Harding Davis escribía en 1906: «A su llegada a Nueva York se le dió una bienvenida semejante a la que anteriormente había tenido Kossuth y a la del almirante Dewey en nuestros días. La ciudad estaba decorada con banderas y arcos triunfales, y por todas partes hubo banquetes, fiestas y reuniones públicas en honor suyo». Esto prueba claramente que en los Estados Unidos sudistas y nordistas, esclavistas y abolicionistas sentían y pensaban lo mismo en cuanto a las empresas filibusteras dirigidas contra la América española. Es también muy significativo el hecho de que el único país del mundo que reconoció el gobierno de Walker fué la Unión americana.

Con los recursos que le suministraron sus partidarios, Walker intentó apoderarse nuevamente de Nicaragua en noviembre de 1857; pero fué apresado en San Juan del Norte por el comodoro de un barco de guerra norteamericano, excediendo sus instrucciones que eran tan sólo de perseguirlo en el mar, por haber infringido la llamada ley de neutralidad de 1818, la más elástica de todas las leyes de los Estados Unidos. En este caso influyó sin duda la actitud de Inglaterra, que había notificado al Gobierno

de Washington su resolución de repeler a mano armada toda nueva empresa filibustera dirigida contra las repúblicas de la América Central. Con todo, Walker salió otra vez furtivamente de Nueva Orleans en junio de 1860, llevando soldados, armas y pertrechos, y se apoderó del puerto de Trujillo en Honduras. Después de un combate en el río Aguán y viéndose perdido, se rindió al capitán de un barco de guerra británico con la esperanza de salvar la vida; pero el marino inglés lo entregó a las autoridades hondureñas y éstas lo fusilaron el 12 de septiembre de 1860 en Trujillo. La noticia de la muerte de Walker levantó una tempestad de cólera en los Estados Unidos y sus amigos y partidarios juraron vengarlo. El movimiento separatista del Sur, que estalló pocos meses después, vino a librar a Centro América de nuevas empresas filibusteras y tal vez a los Estados Unidos de una guerra con la Gran Bretaña.

Como se ha podido ver, a don Juan Rafael Mora se debió en primer término el derrocamiento de William Walker. Si el gran patriota costarricense hubiese optado por cruzarse de brazos ante el peligro, como lo hicieron al principio los demás gobiernos de Centro América, el terrible filibustero habría tenido tiempo de consolidar su poder en forma tal, que todos los esfuerzos que se hubiesen hecho para destruirlo habrían resultado ineficaces, y tarde o temprano las cinco repúblicas de Centro América hubieran caído bajo el dominio de los Estados Unidos en una u otra forma. Para convencerse de ello basta leer los entusiastas ditirambos que con frecuencia dedican a Walker escritores norteamericanos, pintándolo como un heroico paladín del imperialismo de su país y lamentándose amargamente de su fracaso, por falta de apoyo oficial. Sería por consiguiente un error muy peligroso creer que en los Estados Unidos ha muerto el espíritu de conquista que animaba a Walker. No faltan allí sucesores del audaz filibustero; pero éstos ya no desembarcan en nuestras playas con semblante adusto y un rifle en la mano. Ahora nos llegan amables y sonrientes, con el señuelo de miríficos empréstitos y concesiones, que son otras tantas cadenas para nuestra libertad económica, sin la cual la libertad política es un mito.

En el epílogo de su libro, obra que no debería faltar en la biblioteca de ningún pensador hispanoamericano, Walker dice: «Sólo los necios hablan de establecer relaciones perdurables, sin el empleo de la fuerza, entre la raza americana pura, tal como existe en los Estados Unidos, y la raza mestiza hispanoindia, tal como se encuentra en México y Centro América. La historia del mundo no ofrece una visión tan utópica como la de una raza inferior sometándose mansa y pacíficamente a la influencia dominante de un pueblo superior. Doquiera que la barbarie y la civilización o dos formas distintas de civilización se encuentren frente a frente, el resultado tiene que ser la guerra. Por consiguiente la lucha entre el elemento viejo y el nuevo

en la sociedad nicaragüense, no era pasajera o accidental, sino natural e inevitable. La guerra de Nicaragua ha sido la primera consecuencia clara y precisa del encuentro de las dos razas que habitan el norte y el centro del continente».

Con honra tuvimos la suerte de salir en ese primer encuentro, si bien a costa de cruentos sacrificios; pero cualesquiera que sean los conflictos que nos tenga reservados el porvenir, procuremos siempre mostrarnos dignos descendientes de los héroes que con tanta valentía y abnegación supieron defender a la patria, enseñando a nuestros hijos a mirar la estatua de Juan Rafael Mora como el símbolo de nuestra libertad.

R. FERNÁNDEZ GUARDIA

Costa Rica, 1926.

L. E. Nieto Caballero

En el tren de esta mañana siguió para los Estados Unidos, de donde regresará al país por México y Centro América, el doctor Luis Eduardo Nieto Caballero.

Lleva este distinguido compatriota—entre otros de indole personal—el propósito de realizar un viaje de observación y de estudio por aquellas repúblicas, muchas de las cuales guardan con la nuestra hondas vinculaciones de pensamiento y de espíritu.

Ningún intérprete mejor de esas afinidades y ningún traductor más eficaz de esos sentimientos solidarios que el doctor Nieto Caballero. El constituye uno de los exponentes más cabales de la cultura nacional, y su dilatada obra de publicista y su generoso fervor patriótico no han menester de que insistamos en su elogio.

A la propia hora en que la mayoría de esos países confrontan o están resolviendo intensos problemas políticos, sociales y económicos, la visita del doctor Nieto Caballero es de admirable oportunidad y de una vasta significación, como que su clara mentalidad sabrá aprovechar más de una enseñanza para la solución de problemas nuestros idénticos o análogos.

Al despedir con toda cordialidad al compañero y al amigo, guardamos la seguridad de que muy pronto sus impresiones de viaje honrarán este diario.

(*El Espectador*, Bogotá).

1. 27 de abril de 1926.

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Se trasladó frente al Pasaje Jiménez local que ocupó «La Parra»

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

El honroso Decreto que dispone la erección de un bronce a Mora

PODER LEGISLATIVO

N.º 29

EL CONGRESO CONSTITUCIONAL
DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA

Considerando:

Que Costa Rica tiene contraída con el ex-Presidente de la República don Juan Rafael Mora una deuda sagrada de gratitud, por los eminentes servicios que este gran ciudadano le prestó, especialmente en la defensa de la independencia de toda la América Central;

Que es un deber ineludible honrar como lo merece la memoria del eximio gobernante que supo dar tan admirable ejemplo de patriotismo y abnegación,

DECRETA:

Artículo 1.º—Erijasele una estatua de bronce a don Juan Rafael Mora en la ciudad de San José, la cual se colocará en el centro de la plaza situada frente al edificio de Correos y Telégrafos, que se llamará PLAZA JUAN RAFAEL MORA desde la promulgación del presente decreto.

Artículo 2.º—En el pedestal de granito se grabará la siguiente leyenda: *A don Juan Rafael Mora, la Patria agradecida.*

Artículo 3.º—El Secretario de Relaciones Exteriores convocará un concurso de escultores hispanoamericanos y europeos y nombrará un Jurado Calificador que formule las bases del

concurso y otorgue la ejecución de la obra al artista que mejor proyecto presente.

Artículo 4.º—La estatua deberá ser inaugurada, a más tardar, el 15 de setiembre de 1928.

Artículo 5.º—Para la ejecución de este decreto destínase del Tesoro Público hasta la cantidad de cincuenta mil colones (C 50,000-00).

COMUNIQUESE AL PODER EJECUTIVO

Dado en el Salón de Sesiones del Congreso. — Palacio Nacional. — San José, a los veinticuatro días del mes de junio de mil novecientos veintiséis.—ARTURO VOLIO, Presidente.—LEÓN CORTÉS, Primer Secretario.—ENRIQUE FONSECA ZÚÑIGA, Segundo Secretario.

Casa Presidencial.—San José, a los veintisiete días del mes de junio de mil novecientos veintiséis.—*Ejecútese.*—RICARDO JIMÉNEZ.—El Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, J. R. ARGÜELLO DE VARS.

(De *La Gaceta* del 2 de julio de 1926).

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

El señor Torres Rioseco responde al Cuestionario abierto por el señor Vincenzi

Austin, Tejas, 4 de marzo de 1926.

Señor M. Vincenzi,
Costa Rica.

Señor mío:

Su CUESTIONARIO me parece muy interesante y no lo había contestado antes por parecerme que iba destinado a los especialistas en americanismo de gárrula manifestación. Ahora que usted quiere saber mi manera de pensar al respecto, le envío unas cuantas líneas en las que trato de condensar algo de mi sentimiento racial, que ustedes tantas veces me han negado por allá.

Yo no soy pesimista pero tampoco soy loco, es decir, idealista romántico. Yo tengo la convicción profunda de que Nuestra América puede llegar a ser algún día un continente de alta cultura, pero hoy por hoy no me engañan esos millones de poemitas cursilotes ni los gritos estridentes de los idealistas de última hora. Hemos hablado de democracia hace ya cien años y tenemos allá unas parodias de repúblicas en las que es sumamente fácil establecer dictaduras. Nuestros hombres de más talento han sido perfectamente inútiles en América por ese afán de irse siempre por las nubes sin comprender las necesidades actuales de nuestros países. Parece que después de Bolívar, Bello, Sarmiento y Martí hubiésemos cesado enteramente en la producción de hombres de acción para llenarnos de literatos, inspirados e idealistas. Tenemos necesidades inmediatas que satisfacer; tenemos que educar al 90% de nuestra gente, dictar leyes humanas en beneficio de los obreros, levantar el estado social de la mujer, construir una iglesia basada en la moral, formar democracias estables, construir caminos, marinas mercantes, casas limpias, etc. ¿Cree usted por un momento que un hombre como José Enrique Rodó pudo hacer estas cosas? Póngase la mano sobre el corazón y dígame si no es un verdadero crimen que un hombre de tanto talento haya malgastado su tiempo en predicar un idealismo afeminado y medioeval. Yo sé que usted admira ese libro que se llama *Ariel*; yo también lo admiro, a pesar de toda la palabrería que contiene, pero de aquí a decirnos que Rodó es lo que necesitamos hay un abismo.

Ahí está José Vasconcelos con su idealismo anacrónico. Todo lo grande que ustedes le encuentran es proclamar en voz alta su desprecio por el capitalismo y por la tiranía. ¿Qué hizo Vasconcelos en México? ¿Dónde puede ver usted hoy la labor de cinco años en esa república? ¿Cree usted por acaso que Platón, Eurípides, Sófocles, Rolland y los demás clásicos por él publicados van a hacer desaparecer la horrorosa ignorancia de los indios de México? ¿Un hombre que tuvo en sus manos un presupuesto de cincuenta millones de pesos no pudo hacer más? ¿Un hombre del talento in-

CUESTIONARIO:

1.^a ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?

2.^a ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?

3.^a ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?

4.^a ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?

5.^a ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?

6.^a ¿Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

discutible de Vasconcelos no pudo separar la política de su labor educacional y seguir en México haciendo cosas buenas? No hay duda que sus intenciones son inmejorables pero cuando yo miro y trato de distinguir su obra sólo veo su influencia en eso que ustedes llaman idealismo, acaso porque no indica nada concreto, haciendo presión en los nuevos caracteres americanos. ¡Y gracias a Dios que estos son hombres de indiscutible nobleza! ¿Qué me dice usted de la fibra moral de tales idealistas como Chocano y Jaimes Freyre? ¿No ha atacado usted mismo a Lugones por sus teorías políticas? ¿Qué debemos pensar de los idealistas de Chile en presencia del atentado del general Altamirano? ¿Cuántos intelectuales se han levantado en Perú, Venezuela, Ecuador, Bolivia, en contra de los usurpadores?

¿Cree usted, amigo mío, que de las Antillas o de Centro América puede salir hoy otro Martí que pelee por la libertad de su nación como hombre vivo? Y si el milagro ocurriera no serían los literatos quienes dieran tal hombre. Este idealismo vago, informe, infantil, nos está llevando a un estado lamentable de locura que se traduce en verborrea. Nuestra América necesita otra clase de hombres: Hombres de acción, Sarmientos, que no pavos reales de las letras. Ahí en su patria tiene usted a Monge laborando silenciosamente; en Chile, Enrique Molina nos hace una universidad; en la Argentina, Ingenieros forma laboratorios científicos. ¿Cree usted que un Francisco Contreras o un Ventura G. Calderón, escribiendo en francés, nos son tan útiles como estos tres? ¿No? Pues entonces a glorificar a los más humildes, a los trabajadores, a los maestros de escuela, a los hombres de ciencia, a los prácticos y dejémoslos de coronar a versificadores como Julio Flores y Chocano. Dejémoslos de proclamar a Vasconcelos maestro de juventudes; dejémoslos de endiosar a Rodó, de exaltar a Blanco Fombona.

Y ahora voy al punto peligroso; a contes-

tar a su última pregunta, a riesgo de que me declaren por la centésima vez yancófilo, a mí que nunca simpatizaré con este pueblo totalmente:

1.—Estimo prudente que Nuestra América imite a los Estados Unidos en muchas cosas y que desconozca otras sin combatirlas. Los Estados Unidos son nuestro peligro; los Estados Unidos «son potentes y grandes»: los Estados Unidos deben de tener grandes cualidades para llegar a su estado presente. Entonces nosotros, que tenemos un 90% de personas viviendo en la mugre y en la ignorancia, debemos aprender mucho de ellos. No importa que no hayan producido un Andrés Mata, un Manuel Acuña ni un Santos Chocano; no importa que en vez de Ateneos tengan fábricas de zapatos, y que en vez de enorgullecerse de un Vargas Vila se enorgullezcan de Edison. Para llegar a su estado actual, los Estados Unidos, han necesitado hombres honrados, idealistas prácticos, individuos trabajadores y no vanos, patriotismo, equidad relativa, intuición del futuro y poca palabrería. Creo que es posible para nosotros el mantenernos independientes y libres si los imitamos, pero si somos sus enemigos nos van a absorber irremediamente. Somos tan pobres de espíritu que nos imaginamos que una alianza agresiva de pueblos hispanoamericanos puede oponerse al avance yanqui. No. Si los Estados Unidos lo necesitasen, en menos de un año podrían apoderarse de nuestros puertos sin dificultad alguna. Hay que imitarlos en obra constructiva, práctica, lo antes posible. Ahora somos colonias yanquis. Les damos caucho, hierro, cobre, azúcar, café, salitre. Ellos nos venden estas mismas materias ya trabajadas a un precio cien veces más alto. Automóviles, maquinarias agrícolas, llantas, zapatos, útiles escolares, aparatos eléctricos, cinematógrafo, submarinos, aeroplanos, cepillos de dientes, en fin todo lo útil nos llega de los Estados Unidos. Aprendamos de ellos a hacer todas estas cosas; a ser hombres de nuestro tiempo, a ser libres y grandes en lo material.

Pregúntese usted, querido Vincenzi: ¿Quién es más patriota, Torres Rioseco, que aconseja estas cosas o los presidentes de nuestras repúblicas que hacen toda clase de concesiones a los yanquis por empréstitos leoninos? ¿Cree usted que Blanco Fombona, o Ugarte, o Contreras, o García Calderón, desde Europa, escribiendo en francés muchas veces, son más patriotas que yo? Aquí, en cada ocasión, predico el respeto a las naciones hispanoamericanas; a ustedes les digo lo que yo creo necesario hacer, y ustedes me acusan de americanizado, de traidor a Nuestra América. Lo vuelvo a repetir: Nuestra salvación depende de nuestra grandeza material. En este momento Argentina es el único país libre de la influencia

norteamericana a causa de ser la nación que sigue más de cerca a los yanquis.

¿Y podrá decir usted que la Argentina no es un país de cultura? ¿Sabe usted qué es lo que necesitamos allá con más urgencia? Una gran armada, buques de guerra poderosísimos y muchos miles de aeroplanos. Si tuviésemos esto, Rodó, Fombona, Darío, etc., valdrían mucho más de lo que ahora valen.

¿Y nuestra instrucción pública? ¿Sabe usted cuántos cientos de Universidades hay en los Estados Unidos? ¿Sabe usted cuántos millones de pesos tiene esta humilde universidad de Texas donde yo trabajo? ¿Conoce usted estas bibliotecas soberbias? Esta universidad acaba de comprar, creo, que por cien mil dólares, la biblioteca de Jenaro García, una de las más ricas de nuestra América. Probablemente usted no sepa que cuando los dueños de esta biblioteca la ofrecieron en venta al señor Vasconcelos, entonces Ministro de Educación, él contestó: «No quiero libros viejos».

¿Cree usted que el señor Vasconcelos hizo un acto de idealismo al rechazar este tesoro de cultura? ¿Dónde están, pues, nuestros patriotas? Si mañana los yanquis quieren comprar todas nuestras bibliotecas, no creo que tengan dificultad alguna en adquirirlas. Ahora, México empieza a enviar estudiantes aquí a Texas a estudiar en la biblioteca «Jenaro García». Yo estoy seguro que si nosotros mandamos aquí miles de estudiantes, dentro de veinte años nuestras universidades teológicas habrán evolucionado notablemente.

2.—LA ENSEÑANZA debe unificarse en Nuestra América. Hay que respetar naturalmente las influencias del ambiente. Hay que dejar latente nuestro entusiasmo y nuestro idealismo racial, pero hay que aprender a hacer cosas prácticas. Creo que la educación vocacional nos hace falta. Hay muchos poetas, abogados, médicos, etc., que deberían ser campesinos, zapateros, albañiles, etc., y viceversa. Hay que formar una conciencia continental; hay que cultivar lo esencial que poseemos y asimilar lo bueno de otras culturas, desde la norteamericana hasta la china. Hay que aprender mucho de todos. ¿Cuántos de nuestros ricachones imitan a los yanquis y dan gran parte de su caudal para la formación de museos y universidades? Los más dejan su dinero a las Carmelitas descalzas... o a las calzadas.

Y en nuestra economía ¿qué actitud determinada podemos tomar ante el caso de los Estados Unidos? ¿No sabe usted que son ellos los que arreglan nuestra caótica situación económica? Pregúntelo al patriota Alessandri quién ha salvado a Chile de su ruina económica y él le dirá que fué un profesor de la universidad de Princeton. Necesitamos entonces estudiar economía y para eso ¿quién puede darnos lecciones mejor que los yanquis? Pero aquí viene mi diferencia de opinión: Debemos ENVIAR estudiantes aquí y NO LLAMAR peritos americanos que vayan a darnos lecciones en el momento de la crisis. ¿No cree usted que

si todos nuestros ministros de finanzas fueran especialistas, no necesitaríamos mendigar estos empréstitos vergonzosos? Pero desgraciadamente estos caballeros no saben nada de economía, son sólo políticos, hombres oportunistas y muchas veces hasta ladrones.

¿EN LA PRODUCCIÓN ESPIRITUAL? Somos tan diferentes de los norteamericanos que sería infantil y contraproducente el adoptar determinada actitud en nuestra producción espiritual. Ya he dejado resuelto este punto al hablar del idealismo metafísico de nuestros literatos. Poseemos, claro está, el impulso de una cultura superior. Ahí está el ejemplo de la Argentina que con su riqueza innumerable sabe hacer progresar sus métodos educacionales y su alta cultura. Es inútil negarlo: la grandeza material lleva consigo la grandeza espiritual. Unificando nuestros programas estableceremos intercambio de alumnos y profesores y pudiera ser que ciertas universidades se distinguieran en ciertos ramos del saber, atrayendo así a estudiantes de todos los otros países. Por ahora, y desgraciadamente, tenemos que enviar nuestros estudiantes a las universidades yanquis a estudiar comercio, ingeniería, medicina, dentística, agricultura. ¡Qué alegría sentiría yo al poder decir: Buenos Aires posee la mejor escuela de medicina de América; Chile el mejor instituto pedagógico; Bolivia la mejor escuela de ingeniería de minas!

3.—Creo que debemos comunizar las constituciones de nuestras repúblicas. Esto es indispensable en un programa de americanismo absoluto. La cuestión es difícil pero de importancia radical. Sobre todo lo tocante a la ciudadanía debe ocupar atención preferente. Deberíamos ser ciudadanos hispanoamericanos en vez de llamarnos peruanos, chilenos, venezolanos y otras tonterías semejantes. Y yo estoy seguro que si un peruano llegara a ser Presidente de Chile y un argentino Presidente de México, habríamos llegado muy cerca de la unión continental.

4.—Creo que toda la riqueza nacional debe estar en manos de gente nuestra. Creo que si necesitamos extranjeros debemos llamarlos como simples empleados, con excelentes sueldos si se quiere, pero nunca como dueños. Creo que todo individuo que tenga posesiones en Sud América debe vivir allá y no en Europa. Creo que la riqueza debe estar en manos del Estado, pero para esto no tenemos todavía las cualidades necesarias: honradez, patriotismo, sentimiento democrático, etc., etc. Creo que debemos abolir la tarifa por lo que se refiere a los países iberoamericanos y tratar a los otros países del mismo modo que ellos nos tratan. Creo que antes de mendigar empréstitos debemos dejarnos morir de hambre.

5.—Ferrocarriles, marinas mercantes, servicio postal, comercial y de pasajeros, aéreo. Hacer ferias continentales cuyos gastos sean costeados por particulares y gobiernos. Debemos establecer cámaras de comercio, sin influencia yanqui, en todas nuestras ciuda-

des y celebrar convenciones de hombres de negocios. Debemos dar precios reducidos a los otros países hermanos.

6.—Los intelectuales de América deben en primer lugar tomar parte activa en el gobierno de sus respectivos países. En segundo lugar deben formar un partido unionista o americanista que tienda como su nombre lo indica a federar las repúblicas del continente. Fuera de esto me gustaría que tuviéramos el espíritu abierto a los cuatro vientos y que recibiéramos cultura de todas partes. Lo del españolismo no me preocupa en lo más mínimo. España no tiene nada que darnos hoy. Seguiremos admirando a sus intelectuales pero la superaremos dentro de pocos años, si es que ya no la hemos superado.

Si como ha dicho Sanín Cano, España es un país hispanoamericano, no debe preocuparnos en lo más mínimo. Eso de la Madre Patria cae dentro de los límites del romanticismo morboso. Si España se interesa por nosotros bien está. Y sepa usted que yo tengo un gran orgullo en llamarme español, pero claro está, español de Chile, es decir, de América. ¿Recuerda usted las palabras que nos propinó Baroja? Pues bien, yo que he mirado a España con mis dos ojos, le devuelvo estas palabras a la patria del señor panadero: Yo quiero todo lo noble que hay en España, pero su mugre y su ignorancia me repugnan. Y cuando los argentinos se proclaman pueblo de otra raza yo los comprendo, aunque no los justifico plenamente.

Ya le he dicho, mi querido Vincenzi, lo que siento. Puede que me equivoque. Pero como cada uno debe hacer lo que piensa, si alguna vez llego a tener influencia suficiente, pondré en práctica este programa. En los Estados Unidos la casualidad ha hecho gran parte de la obra. Creo que nuestros hombres tienen más talento que los de aquí, pero no saben aplicarlo, gastan sus actividades en polémicas estériles.

Si hay peligro yanqui, y yo soy el primero en reconocerlo, levantémonos para saber encontrarlo cuando llegue. Por ahora debemos estudiar a fondo la vida y el espíritu yanqui. Como ellos nos desconocen totalmente, saldremos ganando. ¡Y a trabajar! A fabricar cosas útiles y a construir esa armada que nos hace falta! En los momentos presentes no se puede pensar en desarmar a nadie. Los leones serán siempre leones. Y el papel de ovejas no está bien en nosotros, «cachorros del león español», que dijo Darío. Y cuando todo esté hecho, entonces podremos dedicarnos a hacer versitos y a formar programas metafísicos. Yo recomendaría la lectura de *Ariel* a todo hombre hispanoamericano que haya trabajado ocho horas al día en hacer cosas de primordial necesidad. ¿No teme usted que con tantos programas de idealismo estemos en presencia de otra plaga de Libros de Caballerías?

Soy de usted Att.º y S. S.,

ARTURO TORRES RIOSECO

University Station, Austin, Texas, U. S. A.

El Club du Faubourg

=De *El Mercurio*, Santiago de Chile=

PARECE ser que LES ANNALES y el CLUB DU FAUBOURG son las dos principales sociedades de conferencias de París. A mi juicio, la última aventaja a su compañera en irradiación popular. LES ANNALES tienen un carácter más acentuadamente literario. El CLUB DU FAUBOURG, sin dejar de ser una institución de alta cultura, acentúa más su índole de divulgación. El éxito resonante de sus conferencias arranca de los asuntos. Comenta el Club la actualidad más calurosa y no la comenta en el monólogo soberbio de la disertación; la discute, y en la discusión *la bate* por decirlo así, la acrecienta y la enriquece. Se ha dado esta institución, en el conjunto de sus ramas, esparcida ya por los países de Europa, el muy legítimo nombre de «Tribunas Libres». El fondo de la obra es acaso de propaganda radical, pero es honrado reconocer que del jacobinismo francés al hispano-americano hay una distancia enorme: la que media entre el discurso común de un asambleísta nuestro y uno de Herriot, por ejemplo.

También pudiera llamarse a esta tabla de discusiones «ampliación de la prensa», porque constituye eso, en buena parte. Los debates del último mes se han hecho en torno de los mismos asuntos caldeados de los editoriales o de la crónica de París: la Liga de las Naciones, el escándalo de Bombón, etc. Los asuntos cobran tono muy superior al doméstico del periódico; los conferencistas son prestigiosos, hasta llegan a la tribuna las grandes figuras del pensamiento francés. En su declaración de principios, los fundadores dan como fin principal de la empresa la educación cívica del pueblo francés. Añaden que desean «vivificar a la opinión pública».

Estos fines inmediatos se logran suficientemente, y yo creo que son sobrepasados. Porque se educa al pueblo no sólo capacitándolo para comprender la política francesa: se le proporciona una información viva de la actualidad literaria, más coloreada que la crítica docta de los semanarios; se le pone en contacto con las grandes corrientes filosóficas; se le aproxima, por el relato de los viajes, a los pueblos exóticos, todo lo cual es más que educación cívica, educación humana, punzadura de la conciencia y ejercicio verdadero de la cultura. Antes de la formación de estas sociedades ha debido sentirse en Francia lo que en nuestros países: que la cultura no circulaba como una sangre entre las clases sociales, que se quedaba hecha un grumo seco en los sesos de unos cuantos letrados poltrones.

Aparte de la centralización que hace París, respecto de Francia, en la vida intelectual, está la centralización que dentro de la misma enorme ciudad tiene el radio de la Sorbona o del Colegio de Francia. El CLUB DU FAUBOURG ha querido, como si dijéramos, *movilizar* las grandes cátedras. Con buena estrategia ha elegido tres barrios

densos: al sur, al oriente y al norte de París. A cada sala corresponde un día de «tribuna libre». Con una semana de anticipación se fija el asunto general y se abren las inscripciones para los oradores del pro y del contra. Aunque en los programas domina el número de oradores de la tendencia racionalista, hay que anotar el hecho de que los católicos, y especialmente el clero, lejos de esquivar la lucha en casa enemiga, la aceptan y acuden, aportando a veces eminencias del púlpito.

La sociedad no tiene subvenciones y costea sus gastos abundantemente: suele contar auditorios de 2,000 personas, y esto le permite mantener un precio mínimo de entrada: dos francos.

El CLUB DU FAUBOURG publica un semanario, cuyo material contiene las conferencias sobresalientes y el movimiento general de la obra en Francia y en Europa.

En otra ocasión se hablará en detalle de una jornada de discusiones. Hoy sólo queremos decir que, en la América más que en Europa, es necesaria esta educación de la masa para el ejercicio democrático y, por encima de todo, para la formación de la tolerancia. Porque la tolerancia llega a ser una forma de decoro y la única comprobación de una cultura. La tolerancia es, además, la expresión de la fuerza en las convicciones. Equivale en nuestro tiempo a lo que fué la vieja caballería: a un oficio humano superior.

Contestar al adversario con la riqueza de las ideas, y no con el tumulto del odio, y hacer de la disputa un espectáculo magnífico del pensamiento; acudir resonante de armas leales: de juicios, de citas, de agilidad espiritual. Aprender y enseñar a la vez a ser vencido sin humillación, sin que se responda con el borbotillo del rencor ni con las torpezas de la astucia baja. La América no aprende esto todavía, y hay en nuestras llamadas luchas de ideas mucho del *chivateo* indio o de macuquería inferior. La discusión como arte y como oficio humano sólo la han enseñado en Chile los Colegios Jesuitas, y por la tendencia aristocrática de éstos, la clase media y el pueblo carecen de esta preparación.

GABRIELA MISTRAL

París, marzo de 1926.

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior:» 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475

Buenos Aires

Germán Arciniegas

Damos hoy a nuestros lectores la buena nueva de que Germán Arciniegas, uno de los más prestigiosos representantes de la generación joven, ha entrado a formar parte de la redacción de este diario. Nos trae Germán Arciniegas el aporte valiosísimo de su entusiasmo generoso, de su alto idealismo, de su vasta cultura y de su claro talento. El país conoce suficientemente a Germán Arciniegas para que tengamos que hacer aquí su elogio. Ninguno como él, ha librado campañas más firmes en pro de la educación nacional, cuyo mejoramiento es la base única sobre que puede asentarse el edificio de nuestra futura prosperidad. Con éxito, antes no alcanzado por empresas similares, dirige él las *Ediciones Colombia*, obra de popularización cultural muy valiosa. Como diarista, Arciniegas ha librado más de una intensa campaña. Ultimamente, en unión de un selecto grupo de jóvenes, inició un movimiento de reconstrucción liberal que, de haberse impuesto, habría devuelto al liberalismo su vigor de otros días. Esta iniciativa no está muerta, y acaso no esté lejana la hora de intentar un nuevo esfuerzo que la haga triunfar.

Esta casa de *El Tiempo* está de plácemes por el arribo de Germán Arciniegas.

(*El Tiempo*, Bogotá).

Complemento al Cuestionario del "Repertorio Americano"

Señor

Distinguido señor:

Después de un estudio pormenorizado de la encuesta del REPERTORIO, de sus contestaciones, tan numerosas y tan intensas, por lo general, hemos considerado necesario indagar el pensamiento de los mejores hombres de América y de España, sobre asuntos que se derivan de un modo profundo de las respuestas obtenidas. No queremos abusar de este método moderno de indagación ideológica; pero el afán de realizar una obra completa nos lleva por segunda y última vez a formularle a usted las tres preguntas complementarias que siguen:

1.^a—¿Cree usted en un posible conflicto internacional entre Japón y los Estados Unidos, en la disputa de la supremacía comercial del Océano Pacífico?

2.^a—¿Qué actitud aconsejaría usted a los países de Ibero-América en el caso preciso de estallar este gran conflicto?

3.^a—¿Qué podría o debería exigir Ibero-América a los Estados Unidos ingleses para realizar una defensa colectiva del Continente?

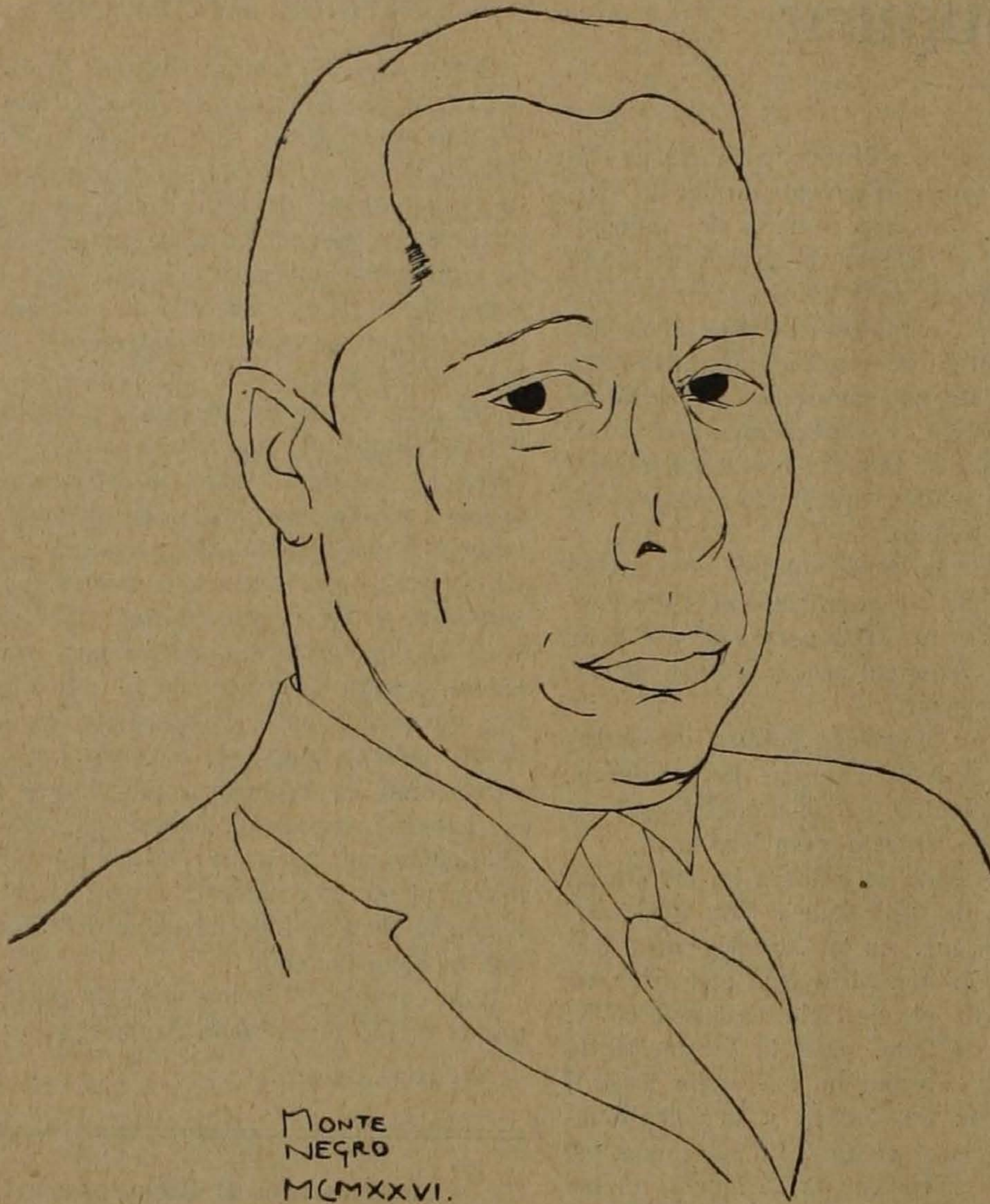
Esperando que usted habrá de complacerse de nuevo en la contestación de estas preguntas, somos de usted Attos. S. S.

M. VINZENZI

Vº. Bº. gm.

Guillermo Jiménez y la crítica francesa

JEAN CASSOU, el notable crítico francés, que está al frente de la sección *Les Livres* en la *Revue de l'Amérique Latine* de París, publica una impresión de lectura sobre *Constanza*, libro de Guillermo Jiménez, editado por Caro Raggio, en Madrid.



Guillermo Jiménez

Visto por el pintor
ROBERTO MONTENEGRO.

París.

JEAN CASSOU

UNO de los libros que más emocionan por su sencillez, es *Constanza*. Guillermo Jiménez, escritor mexicano, en una serie de breves anotaciones, evoca recuerdos de su infancia, la imagen y la muerte de su madre. Esto es muy delicado, quizá demasiado. Parece que el autor deseoso de despojarse del artificio, haya acabado por perder todo contacto con la materia de su libro. La emoción es más fina de la que Jiménez ha querido producir. Se atenúa y se borra. Pero esto no es para dejarnos indiferentes y hay aun, en ciertos capítulos, bastante misterio para impresionarnos, detalles encantadores y el sabor, lleno de ternura, de las lágrimas.

Se podría también encontrar una voluptuosidad en la decepción que infunde esta lectura por tan breve. El título es amable. *Constanza* se llama la madre de Guillermo, que en el curso del libro no deja oír el nombre sino una sola vez. Es pues un sentimiento singular de ternura el que le ha hecho bautizar así su pequeño libro, como se bautiza un barco, con el nombre más amado.

Todo esto es sensibilidad, los toques felices habían compuesto una obra exquisita por sí solos, si el tema hubiera guardado su densidad al mismo tiempo que su riqueza. No por eso es menos cierto que *Constanza* es leída con ternura, con agrado, a condición de escoger para ello la oportuna melancolía de una tarde.

El tercer Congreso Georgista

Se celebrará en Dinamarca del 20 al 30 del mes en curso

DINAMARCA es un país que llama la atención en el mapa por su situación, si bien es de escasos recursos naturales y de pocas atracciones para el turista que busca pasatiempos y distracciones.

Sus habitantes son humildes, desprovistos de ambiciones. Nadie puede reconocer en ellos a los descendientes de los Teutones y Vándalos que salieron de estas islas para conquistar el Mundo, ni de aquellos *Wikings*, que desconociendo la brújula, navegaron por el Océano en sus abiertas embarcaciones, siendo el terror de Francia e Inglaterra. Hoy constituyen los daneses un pueblo casero, que hace mucho tiempo renunció a formar parte del concierto de las potencias, es un pueblo cuya propiedad rústica está rodeada de latifundios y lujosas mansiones señoriales. Dedicado a la agricultura, ha elegido esta divisa: «Lo que se perdió con la espada, recóbrese con el arado».

En suma, un país y un pueblo del que puede prescindir el turista que ande a caza de diversiones; pero que ha sido elegido

para reunir en sesión a aquellos ciudadanos del mundo entero que suspiran por algo más bello que las cataratas o las montañas. Nosotros invitamos solamente a presenciar la primera claridad ténue de la aurora de la Libertad y de la Justicia.

Nuestra aurora no viene acompañada del terrible relámpago o el espantoso trueno promovido por los gigantes revolucionarios que quieren sustituir la tiranía por la libertad despertando las pasiones de las adormecidas masas; tampoco presenciaremos el angustioso espectáculo del desfile de estas masas dispuestas a vencer o morir en la batalla contra la tiranía.

Somos, sencillamente, un pueblo que trata de laborar por su salvación, y convencidos de que nada se consigue por la fuerza y desengañados por las luchas políticas en las que siempre ha triunfado la aplastante burocracia unida a la aristocracia terrateniente, hemos recurrido al «trabajo» como medio más seguro para conquistar la libertad. Recurriendo al arado y al fomento de

la ganadería es como el aldeano, antes vencido en el campo político por las clases antes llamadas «superiores», ha ganado palmo a palmo la influencia política y aun la supremacía, primero como agricultor, luego en el distrito electoral, después en el Municipio, y, finalmente, en los bancos ministeriales.

Así es como nosotros hemos llegado a comprender la importancia y real significado de la cuestión de la tierra para todo trabajador que desea su independencia y consecuentemente la emancipación del pueblo entero, puesto que la independencia individual es la base de la libertad. Asimismo hemos aprendido que únicamente por la comunidad de esfuerzo es como puede realizarse el progreso hacia la independencia del trabajador; el pueblo tiene que cooperar moviéndose como un organismo si es que ha de progresar.

Estas son las enseñanzas de la experiencia que constituyen la característica actual del pueblo danés, deseoso de progreso, hacia el que va con paso firme y seguro, aunque quizás demasiado lento.

JACOBO E. LANGE
Director del Instituto de Odensa.

Cantos a mi Muerta Viva

A Andrés Avelino,
en la Capital.

Querido compañero: Su librito, *Cantos a mi Muerta Viva* me han arrancado más de una larga noche de lectura y meditación. *Postumismo* aparte, es usted un verdadero poeta, y en veces un intenso y originalísimo cantor. Tal en la página 12 cuando la dulce enferma interpela:

—Doctor,
esta tos, esta fiebre, esta angustia
y este olor a muerte en todas partes,
cuándo se los va usted a llevar?
—Tenga calma que todo pasará mañana.
Así le dijo con dureza el médico,
Hoy es un nuevo día. La pobrecita,
allí está en su diván tendida,
con esa tos, esa fiebre y esa angustia
y el mismo olor a muerte en todas partes.

Y desde esa página el corazón, sin podersele apartar va junto a usted por todos los senderos de la amada ida, cuya pérdida «las rosas lloran sin cesar»; y en las llamas de los cirios que iluminaron su carne muerta, los ojos del espíritu ven, latente, la última misiva que ella dejó escrita,

Más adelante, la página 20 nos detiene una, dos, tres veces... Imposible proseguir. Hay que hacer pausa, soltar el libro, entregarnos por igual a la meditación y al ensueño... ¿Acaso es posible el *connubium* de dos almas, la una en la tierra, la otra en el espacio, en el azur, en lo infinito?... ¡Quién sabe! Y esta duda es ya una tímida afirmación que va creciendo e imponiéndose a medida que las ideas del poeta se apoderan de la memoria para ser repetidas incesantemente como una obsesión:

y en veces, cuando toco mi sien adolorida
no sé si es con mi mano o con la de ella.
Si voy al jardín,
al instante
las rosas se deshojan para alfombrar mi paso,
que es su paso;
entro a mi habitación
y allí es ella sombra de mi sombra.
Si la llamo,
el eco de mi voz es su voz que me responde
y cuando pienso o duermo,
es ella el silencio mismo que a mi ser rodea.

Hay tal fuerza de pensamiento, de convicción, de ideal vivido y sentido en ese poemita, que la creencia de su *realidad posible* persiste en nuestro cerebro durante todas las horas del sueño, librándoles batalla cruel al razonamiento y a la verdad aprendida.

Sin embargo...

No sería ese poema, tan fuerte y tan original, el que yo premiaría en un certámen de poesía, si el galardón habría de llevarse en el libro, la poesía de más tierna, sencilla y universal emoción. Sino este otro, tan ingenuo y cándido en su fácil inspiración, que cualquiera creería haberlo dicho ya, o al menos, haberlo leído desde hace mucho tiempo; cuando, en verdad, a nadie hasta ahora se le había ocurrido escribirlo:

Oh! lluvia de las tardes, profundamente tétrica,
que vienes, lentamente, como por ella enviada,
a lastimar mi herida.
Tengo miedo de tu amable complacencia.
Con qué fin me la recuerdas, tú, que la mortificaste tanto?
Por ti tuvo su quebranto más premura,
tú le provocaste mil veces sus esputos
y le inculcaste tu melancolía.
Y este frío que tú dejas en los corazones
es el mismo frío glacial que sintió antes de su muerte.
Por eso, lluvia, cuando tú te acercas,
revives en mi espíritu todos sus dolores
y me la traes de nuevo
doliente y llorosa.



Andrés Avelino

Efecto extraordinario el de estos versos.

No tienen en su abono ni la sugerente armonía de la consonancia, tan sensible y cara a los oídos profanos, ni la musicalidad periódica de los acentos que en los oídos retóricos constituye la eurytmia propia e indispensable del verso. Pero, en cambio, quién al leerlos no se siente vivamente impresionado y hondamente emocionado por el ritmo misterioso que despierta en el alma la cadencia vibratoria de cada palabra, empleada allí por el poeta, no para despertar un ritmo, sino una imagen, por los medios más expresivos y poéticos del lenguaje. Y de este modo, el frío intenso de aquella «lluvia—profundamente tétrica»—se nos infiltra en los nervios, produciéndonos el malestar enfermizo y pálido de los tuberculosos: y aún vemos dibujarse, a través del tejido de la lluvia, la nube glacial en que la amada muerta llega «doliente y llorosa» bajo la triste contemplación del poeta...

Muy suyo,

FABIO FIALLO

La Vega, 21, febrero, 1926.

(Listín Diario, Santo Domingo, R. D.)

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscribase! Las cuatro entregas mensuales: ₡ 2.00.

Página lírica

de Andrés Avelino

HE leído esta mañana los *Cantos a mi Muerta Viva*, de Andrés Avelino. El título es un equívoco; no se trata de un mero juego de palabras. La amada ideal del poeta murió un día para él, y estaba viva para todos; luego la mató la tisis, y estaba muerta para todos, menos para él; en ambos casos, era una muerta viva.

He tenido esta mañana una conversación muy oportuna con uno de nuestros poetas más estimables, minucioso rigorista, de la forma. Le pregunté, conociendo ya su respuesta, si entraría al nuevo concurso literario de los Padres Capuchinos; comentario va, comentario viene, me contó que había entrado a uno de ellos, años antes, y que se lo habían condenado por ciertos tintes teosóficos. «Yo no sabía,—agregó—, que había en el poema algo teosófico; yo no soy teósofo; pero después de todo el caso era ver si el poema tenía un valor poético o no, ideología aparte».

Oportuna anécdota, por contraste, ahora, al transcribir poemas de Andrés Avelino. Avelino cultiva una poesía que la gente llama «amorfa» o descalifica del todo. Y como en el caso de aquel poeta purista de la forma, pediremos para este poeta purista de las orientaciones poéticas; el caso es ver si el poema tiene un valor ideológico y artístico, cuestión de forma aparte. Si van a discutirnos forma y fondo por separado, nos damos por vencidos; preferiríamos, llegado el caso, decir: al cultivador de las formas poéticas del lenguaje le apreciaremos sus aciertos formales; al que todo lo pospone en honor a un sentimiento o a un sentimiento determinado, le estimaremos según sea vulgar o excelso su motivo de fondo. Y esto, para transigir y no entrar en discusiones ya descalificadas.

Hacemos nuestras las palabras iniciales del poeta: «Yo no tengo más espada para mi adversario que el amor, ni más ruta que el impulso de mis fuerzas subconscientes». «Estas y muchas otras cosas hubiera yo dicho para lanzar estos cantos; pero hay libros, como hombres, esenciales. Libro mío (o libro de ella), tú no necesitas de palabras, vas cargado de espíritu».

Los treinta poemas pueden dividirse en dos secciones perfectamente determinadas. Hasta el poema número 13 inclusive, los cantos a la amada, viva para todos, muerta para el poeta; los otros, cantos a la amada, muerta para todos, y viva para el poeta.

1

La ví una tarde y me pareció una física.
Luego, deduje por su nombre que era tan sólo una muñeca.
Le escribí poemas que llegaron hasta su alcoba y hasta su espíritu.
Por muchos años fué en mi retiro como una diosa y como una estrella,
pero un día marcilló su trono la diosa y tuvo la estrella un eclipse.

Sofrené mi dolor
y tuve suficiente altivez para sepultarla en el olvido;
esto me remordía a veces
y me hizo triste,
en tanto que el dolor sofrenado tuvo un escape
porque la volví a ver.

Y termina un bello poema, hondo y doloroso:

Después,
la disputa ha seguido cruel y sorda y el viento no ha callado,
han querido arrancármela
pero el tiempo,
a despecho de la realidad me dice que sigue siendo mía!

Del poema número 2 son estos otros versos, no menos hondos y dolorosos y sublimes:

No me importa que él la tenga al amparo de sus ansias:
que la bese, que la abrace, que la haga momentáneamente suya,
(yo a sus carnes no les tuve jamás codicia humana).
No me inquieta que la aleje de mi encuentro,
que le arranque mis lecturas,
(él no puede destruir lo que ayer puse en su alma).

El poema número 3 es un idilio imaginario (¿imaginario he dicho?), con su amada; y el número 4 termina:

...pero, «que no siga siendo ella mi musa eterna»
eso, ni él ni nadie lo podrá obtener.

La vida así transcurre entre los dos amantes, tanto más íntima cuanto más alejada parece. En el 5.º él recuerda:

Hoy cumple ella tres años de muerta en mi ilusión y en mi esperanza.
Cuán dolorosamente sé que vive todavía!

Y en el 6.º, cuenta de ella, con quien se viera «físicamente» antes:

Las amigas «notaron que llegaba trémula
y que apenas si podía hablar»;
sus interrogaciones la tornaron nostálgica,
porque hay cosas, Señor!, que no se dicen nunca.

Y elegimos de los poemas 7.º, 8.º, 9.º, 10.º, estos versos:

No sé si me faltará el vigor de las estatuas para esperar;
mientras tanto,
seguiré siendo una esfinge en medio de los dos.

Anoche fui, como de costumbre, con alas de seda a perturbar su sueño

La seguí, mudo, a distancia
y la vine a advertir ya muy tarde,
cuando constatarlo era perderla.

Las once.
Es la hora en que ella acostumbra tomar la medicina.

La luna se ocultó
pero la paz del momento no fué tan augusta para decretar su muerte.

12

—Doctor,
esta tos, esta fiebre, esta angustia,
y este olor a muerte en todas partes,
cuándo se los va Ud. a llevar?
—Tenga calma, que todo pasará mañana.
Así le dijo con dureza el médico.
Hoy es un nuevo día. La pobrecita,
allí está en su diván tendida,
con esa tos, esa fiebre y esa angustia
y el mismo olor a muerte en todas partes.

En la segunda sección del libro los poemas tienen un acento más hondo y más inefable.

15

—Dicen que ya es muerta.
La tierra inquiere con tesón su ofrenda.
Las rosas sin cesar lloran su pérdida.
Su fosa de esperar ya se ha cerrado.
Cunde el espanto entre la gente estulta.
—Calla.
Que nadie sepa que en mi sér está escondida!

18

Ayer,
que era para mí una muerta y para los demás estaba viva,
no me importaba su destino
pues sabía, que era el tiempo, su amor que caminaba.
Hoy,
que ha muerto para él y para todos y es ella la que me aguarda,
anhelaría que el tiempo no siguiera su ruta sin desmayo.
Amo su inquietud de hoy como ayer amé la mía!
Tengo miedo de agotar la eternidad. Su amor
es más grande aún y me detiene el horror de poseerla.

20

Es tanto lo que se ha identificado su espíritu conmigo,
que a ratos me parece que no es muerta,
y a veces, cuando toco mi sien adolorida
no sé si es con mi mano o con la de ella.
Si voy al jardín,
al instante
las rosas se deshojan para alfombrar mi paso,
que es su paso;
entro a mi habitación
y allí es ella sombra de mi sombra.
Si la llamo,
el eco de mi voz es su voz que me responde,
y cuando pienso o duermo,
es ella el silencio mismo que a mi ser rodea.

23

Oh! lluvia de las tardes, profundamente tétrica,
que vienes, lentamente, como por ella enviada,
a lastimar mi herida.
Tengo miedo de tu amable complacencia.
¿Con qué fin me la recuerdas, tú, que la mortificaste tanto?
Por ti tuvo su quebranto más premura,

tú le provocaste mil veces sus esputos
y le inoculaste tu melancolía.

Y este frío que tú dejas en los corazones
es el mismo frío glacial que sintió antes de su muerte.
Por eso, lluvia, cuando tú te acercas,
revives en mi espíritu todos sus dolores
y me la traes de nuevo,
doliente y llorosa.

25

Oh Amada!
La más doliente, la más perfecta amada que en la tierra hubo,
dime, puedo llamarte ya: amada mía.
sin que el fauno se enfade y sin que el azul se enturbie?
Responde.
Yo no guardo un solo resquemor a tu pasado,
y en nombre del dolor y del martirio que consumió tu ser,
yo te bendigo. Pero responde.
Que sea tu voz solemnizada en ultratumba la que surja para
decirlo al viento y a los sauces que lo
vieron ayer pasar contigo.
Que sea tu voz. Que seas tú misma
quien lo diga o lo calle,
(que a mí me está vedado hacerlo y la eternidad es muda).

Y elegimos, para terminar, de los poemas restantes,
estos versos representativos:

Descansa en paz. Ya eres muerta.
Descansa en paz. Ya eres mía!

¿Por qué no ha de estar, aquí o endonde quiera
que se me ponga a mí que esté?
¿A qué llamarla, a qué buscarla?,
si cada vez que lo he querido
en el desdoblamiento de mi ser yo la he encontrado!

Este poema, nos dice Avelino, tuvo su génesis antes
de las fantasías publicadas en *Fantaseos* y que los
lectores del REPERTORIO han podido leer en las notas
marginales que publiqué acerca de aquel libro. Pareciera
que Avelino estima estos *Cantos* sobre aquellos *Fan-
taseos*; en mi sentir, sin embargo, aquellos *Fantaseos*
están insuperados.

RAFAEL ESTRADA

Costa Rica
Junio 18 de 1926.

La oblación

(En el aniversario de la muerte de Martí)

Sus mejillas, empalidecidas por la medi-
tación y el estudio, secas de la interna
combustión de anhelos, no estaban hechas
al violento resol de la manigua. Sus manos
transparentes de artista, para el verso y
para el gesto eran, que no para la rienda.
El sombrero de yarey debió punzarle la
alta frente como una corona de espinas.
Pesábale demasiado la cabeza toda para el
difícil equilibrio del montar, y sobre la in-
quietud nerviosa del corcel, todo su cuer-
pecillo era otro manojito de nervios incon-
gruente y extraño.

Aquello fué una voluntariosa contrariación
de la naturaleza. Por eso tuvo tanto de sa-
crificio, de martirio, de oblación de sí mismo.
El hombre de tribuna y gabinete—el Apóstol—
quiso rematar su vida con la parábola

de la acción. Pensó que lo mejor de él ya
estaba dado, el Estímulo, pero su anhelo
genial de totalidad le hizo desear también
el Ejemplo.

Salvadas todas las distancias entre lo di-
vino y lo humano, nadie recuerda tanto a
Cristo como Martí. Fué un Imitador sin
quererlo, por cuanto había de evangélico en
él. Se podría escribir su Vida, Pasión y
Muerte con un paralelismo episódico casi
exacto. También él disputó con los docto-
res, increpó a los mercaderes del templo,
dijo un sermón de la Montaña. Pero en la
muerte, sobre todo, la semejanza culmina
más allá de todas las apariencias de diver-
sidad. En su escala insular y humana, Dos
Ríos tiene un poco el mismo significado
que el Gólgota. Es también la muerte sin

necesidad ostensible, la muerte evitable, pero
deseada; la exaltación de la voluntad evan-
gélica hasta el heroísmo.

La manigua debió de ensombrecerse algo
cuando cayó. Los que le acompañaban, acaso
sintieron entonces por primera vez, aguda-
mente, desgarradoramente, la responsabili-
dad de su compañía: algo así como la in-
culcación que debieron hacerse los discípulos
de no haber preservado al Maestro. Mas
como no lo vieron caído, fino y pequeño en
la áspera maleza, la desaparición debió asu-
mir para ellos una solemnidad casi mística...
Sólo allá, en la fila española, Sandoval pudo
decir noblemente como el centurión, en pre-
sencia de su cadáver: — «Verdaderamente,
este fué un hombre justo...»

JORGE MAÑACH

Habana, junio de 1926.

Musas itálicas

(Véase la entrega 22 del tomo anterior)

18.—Profetisa de Italia

de Gemma Ferruggia

Sin sentir la necesidad del canto de un poeta, por muy grande que fuese, Ella muy pronto llegó a ser la poesía del pueblo italiano en medio de los esplendores de la primera alba radiosa. No porque fuese joven, bella, divinamente blonda, inteligentísima, pudo la princesa saboyana obtener en Roma la victoria entre difidencias de múltiple aspecto, espiritual y tradicionalmente aristocrático, después de una batalla por la que Ella a la Monarquía debió serle siempre grata. No hubo astucia alguna; no existió hábil maniobra en la hora inicial repleta de peligros.

Princesa gentil, luminosa Reina y Alta Viuda, Margarita de Saboya fué, es y será siempre la encarnación de la perfecta realeza que subyuga las almas, conquista las multitudes; y no solamente las arrastra en las horas del entusiasmo, sino también las detiene, convencidas, durante las prolongadas y dolorosas pruebas.

Resplandecía la primera Reina de Italia. La Reina Madre iluminaba. Potencialidad de presencia ante la vida, increíble fuerza psíquica y admirables dotes de vidente, impresionaban a quienes tuvieron la fortuna de acercarse a Ella con frecuencia. Se diría que la angustia suya no conocía los senderos por donde se pierden los lamentos. Era una distribuidora de valor en la vida íntima y en los públicos acontecimientos. Una sola vez, este raro ejemplo de fortaleza itálica dejó escapar su interna desesperación: con motivo del asesinato de Humberto, su esposo, pero, cristiana, la encerró en la conocida Plegaria suya¹.

Vidente, no experimentó—ni aún en circunstancias que parecieron desastrosas,—duda alguna con respecto a la suerte de Italia. A una amiga fiel que, en el año mil novecientos seis, le hablaba con amor y dolor de una larga permanencia en Trento, sometida entonces al dominio austriaco, contestó levantando con altivez la cabeza, todavía rubia:—¿Trento? ¡Será nuestra!

Esa misma amiga volvió a saludarla en vísperas de un viaje por la, entonces, Italia irredenta. Su Majestad estaba lista para asistir al Te Deum que se entonó después del atentado de D'Alba contra la vida del Rey. En aquella mañana de 1912, Margarita de Saboya resplandecía; dijo a la conmovida visitante: Ud. todavía está pálida! ¿Por qué? *No podía ser!* La victoria de las Dos Palmas es de ayer! El sol del Renacimiento ilumina al Rey y lo protege! Giovanni Pascoli ha escrito: La grande proletaria se ha movido y entona más de cien canciones! Sonría! Parte usted esta tarde llamada por los estudiantes de Zara? Está bien! Vaya segura! También Zara será nuestra!

1. Esta Plegaria aparecerá más adelante en nuestra serie de *Musas Itálicas*.

Profetisa, sí. Esposa de un soberano constitucional, la Reina Margarita, aunque virilmente dotada de fuerte mentalidad política, dió pruebas de indiscutible buen gusto limitándose a explicaciones de belleza sana y de arte sano también. No pocas veces, hombres políticos descubrieron en algún breve y sagaz párrafo de la sonriente Sibila, revelaciones superiores al consejo: aunque no tuvo directo contacto con el gobierno, la Dama gentil jamás escondió la personal admiración que sentía por hombres que lucharon por el gran nombre de Italla, aún cuando admirarlos significase ir contra corriente. No escondió la admiración que sentía por Francisco Crispi, así como, mucho después, no disimuló en cuánto aprecio tenía la obra de Benito Mussolini. Nunca pudo confundir el ascenso del pastor con los errores del rebaño.

Había, en su incommovible fe por todo lo que es italiano, los destellos del genio de una moderna Condesa Matilde. Toda adversidad la encontró de pie, firme defensora del ideal, con sus íntimas pero despiertas fuerzas que constituyen las cualidades por excelencia de los grandes hombres de Estado: conocer el secreto de cada individuo y adelantarse a los acontecimientos.

La princesa moitenegrina, que encontró tanta luz en el umbral difícil, fué inmediatamente conocida por Margarita de Saboya; y Elena Reina tuvo en la Reina Madre su primera apreciadora. No hubo entre las dos Augustas Damas de tan distinto valor, frías actitudes inspiradas por la etiqueta, sino conmovedora convicción recíproca que se tradujo en ternura.

Así, al dulce orgullo que la Sagrada Majestad de Margarita ponía al pronunciar a menudo la frase: Mis hijos, respondía el grato sentimiento de la Segunda Soberana de Italia: La Reina Madre es nuestra alegría. Hoy, aquella alegría es una dolorosa pero alta memoria.

El leal reconocimiento de los méritos ajenos se hizo evidente ante una dama a quien hicieron famosa sus actividades dedicadas exclusivamente a los intereses femeninos. Impulsada por antigua devoción la dama, muy amada por Margarita, se atrevió a decirle: Majestad! Vos fuisteis la Soberana de nuestra juventud y para nosotros sois la Unica! Cayó un velo sobre la afabilidad real al dar la respuesta siguiente: Injusticia e ingratitud! La misión mía fué más fácil porque soy italiana y dos veces saboyana! Merecida respuesta, agregó la dama quien refirió la anécdota para gloria de la Unica.

La venerada Reina dijo, en aquel tiempo, cuando los sucesos políticos parecían levantar una sombra entre el Rey y los monárquicos: Ciertos equívocos los iluminará, para destruirlos, esa estrella salvadora de Italia que es el buen sentido de nuestro pueblo. Que llegue la ocasión y todos estarán al lado del Rey. Y vino la Guerra; entonces,

la Nación entera, se recogió alrededor de Víctor Manuel Tercero. Antes del conflicto, durante sus alternativas de victorias y de desastres, después del triunfo, la Reina Madre no experimentó nunca duda alguna. Llegar a la Criatura Real, que parecía saturada de todas las conquistas itálicas, que parecía consagrada a las glorias sin tramonto, significaba impregnarse de nuevas fuerzas para mejores resistencias: el respeto del derecho y el sentimiento de la justicia resplandecían en sus palabras: al través de la frase rápida se apreciaba la costumbre de la reflexión: las ideas eran muchas, eran densas, pero la palabra era concisa.

Quien estuvo a su lado durante las amargas horas de Caporetto, le refirió cómo las mujeres de Udine corrieran desesperadas por las calles, cómo lloraran los viejos, que cual héroes habían combatido en el sesentisésimo suplicando a los soldados dispersos que volvieran atrás, que disputaran al enemigo, palmo a palmo, la sagrada tierra italiana. Y Ella, llenos de relámpagos los ojos azules, respondió con calma: Así nadie dormirá. Y hasta la victoria ningún italiano durmió!

Se la escuchaba como se escuchan los poetas; la suya semejava la poesía matemática de un astrónomo que puede explorar los cielos sin necesidad de aparato alguno, calculando las distancias entre los grandes astros y las estrellas diminutas.

Se entusiasmaba, pero no se exaltaba; comprendía fácilmente, consolaba con cariño a quien ante Ella se presentaba ansioso de caridad nativa: todo lo hacía con la medida que rige a la humanidad juiciosa.

Desaparece la Duse. Y Margarita de Saboya que ha seguido, paso a paso, la atormentada figura excelsa desde el principio hasta el fin, dijo, con resolución piadosa: Grande actriz, desgraciada mujer!

Nadie supo, como Ella, distinguir quien da de quien pide. Qué deliciosa sonrisa iluminó sus labios devotos de Dante cuando a la robusta inteligencia de los italianos le fué ofrecida la evanescente poesía de Rabindranath Tagore!

La guerra al snobismo fué dirigida por Ella con elocuencia sobria y decisiva.

Al lado de la Reina Margarita vivió durante muchos años una mujer que comprendió fácilmente su misión de dama de compañía con noble y gentil olvido de la propia personalidad. Puso inteligencia, tacto exquisito, luz de bondad, incansable energía al servicio total de su señora. La Marquesa Paula Pes de Villamarina se vió siempre circundada por una veneración sincera a causa de su natural candor, a causa de su entrega absoluta a los ideales de su Augusta Reina. Lástima que ella no escribiese sus Memorias, no estaba en su carácter hacerlo: era demasiado respetuosa, era un ejemplo vivo de discreción. La perfecta dama de honor sabía cuánto la Casa de Saboya y cuánto Italia deben a la Primera Reina de la Independencia Nacional: con delicadeza infinita habría logrado entregarnos en sus Memorias la figura de Aquella

a quien vió vivir como un milagro de indiscutible bondad.

Sin embargo, una vez, solamente una vez, la Marquesa de Villamarina—ya muy avanzada en años y bastante enferma—reveló cuál fué, para ella, el ejemplo mejor dado por la Reina Madre: El de no sentir miedo alguno a envejecer; en ese ejemplo debieran mirarse todas las mujeres, un esplendor de existencia, defendida contra la acción continua, por lo que en la mente lleva, por lo que en el corazón se atesora: siempre pródiga y siempre lista para el bien de los demás.

Honrando a Su Señora, la Marquesa de Villamarina había descubierto el sitio en donde descansaban el constante interés hacia las manifestaciones de la vida y las sorprendentes actividades que nos mostraron a la Dama Augusta siempre preocupada por los hechos y por los ensueños del País que por Reina la tuvo. Es reciente la complacencia de la Reina Madre al ver, junto al Hijo suyo, desfilar a los soldados heroicos: tal vez pensaba Ella en el epígrafe que dictó y que por deseo suyo fué colocado en una de las cabeceras de los lechos del Hospital que se instaló durante la guerra en el Palacio Margarita: Dime, oh! sol, si en el curso que sigues has visto algo más refulgente que el heroísmo del soldado italiano! Recientes son sus apariciones inesperadas entre los jóvenes que, en sana alegría, se encontraban sirviendo a la Patria entre las nieves de los Alpes nuestros.

Profetisa, sí: divinizada por los grandes y por los humildes. Un sabio, el senador Cirincioni, no puede hablar de Ella sin llamarla Nuestra Santa Reina Margarita. Un orador, Inocente Cappa, dice, refiriéndose a Ella: «La más breve conversación con esta Dama da la idea de una vuelta al mundo, tal es la extensión y la variedad de su cultura. No se siente uno oprimido por la propia ignorancia, porque Ella se expresa con indecible amabilidad. De la profundidad de cuanto se ha oído de sus labios, se da uno cuenta después».

El pueblo tiene superior y más conmovedora intuición. Hace dos años, en Roma, una pobre mujer me detuvo en la calle del Alma: rostro lleno de arrugas, ojos de espiritualidad irresistible, vivo acento romano.

—Vas a la Iglesia de Santa Inés? Verás una cosa que más bella no se puede imaginar!

La pobre mujer se despidió sonriendo. Salí a la plaza Navona y me encontré frente a la Iglesia enmedio de inmensa muchedumbre. Hora matinal en semana de Pascua, perfumada por la primavera, en tenue oro solar... La «cosa que más bella no se puede imaginar» apareció: la Reina Madre que andaba visitando los Sepulcros.

Cuando la Generosa visitaba los barrios populares, siempre en forma inesperada, era un delirio de los corazones: Ella permitía que se le acercaran, que se reuniesen a su alrededor, confiada y libre frente a aquella confianza espontánea.

Y lo que hubo de magnánimo en la Au-

gusta Dama es ahora sentido, amado, venerado por los herederos de quienes corrían exaltados para ver pasar a la criatura radiante, bella, rubia, enmedio de un rápido aparecer y desaparecer de libreas rojas y enmedio de la pompa que admira siempre la multitud a pesar del inútil fluir de palabras niveladoras.

Porque tanto en los momentos de la etiqueta rígida cuanto en las más ásperas dificultades de su vida de mujer, la soberana criatura supo colocar sus pensamientos por sobre las cimas más altas y con el alma siempre estuvo por encima de ellas.

19.—Lamento amoroso

de *Compiuta Donzella*

La primavera, estación que todo lo embellece con sus encantos indecibles, satura de alegría los amantes corazones: juntos van las zagalas y los mancebos hacia los jardines encantados en donde los pajarillos de la felicidad entonan sus mejores canciones.

Los mancebos alegres se sienten saturados de intensa pasión; las doncellas se entregan ingenuas a las más francas alegrías.

Solamente a mí me sobran inquietudes, tristezas y llanto.

Mi padre, el adorado padre mío, creyendo tal vez labrar así mi futura dicha, sin comprender que satura mi alma de profunda amargura, quiere darme marido, señor que no es de mi agrado.

De compañero, de señor, no tengo ansia alguna: por eso vivo constantemente sumergida en vivo tormento; por eso no me alegra ni me entusiasma la naciente primavera, la estación que todo lo embellece con sus encantos indecibles...

(*Compiuta Donzella* fué una poetisa toscana que vivió en el siglo XIII perteneció a la llamada *escuela de transición*, la escuela que aún cuando siguiese las huellas de la lírica siciliana, deja ver en sus tendencias, en la novedad de los conceptos, en el uso variado de las distintas formas métricas, el deseo de un arte independiente de las influencias provenzales. A esa escuela pertenecieron Guido d'Arezzo, Chiaro Davanzati y Guido Guinizelli).

20.—Vida contemplativa

de *Compiuta Donzella*

Dejar querría el mundo, dedicarme al servicio de Dios, alejarme de toda humana vanidad, pues veo crecer y multiplicarse la mezquindad, la injusticia y la falsía; contemplo la muerte de todo juicio y de toda bondad: por eso no quisiera marido ni señor en este mundo vano tener, por eso quisiera voluntariamente abandonar esta sociedad de tristes enseñanzas. Recordando que todo hombre se complace en el mal, siento desdén para cuantos en la vida me rodean: solamente hacia Dios se vuelve la mente mía, solamente a Dios adora el corazón mío!

Mi padre a tal deseo se opone causando así mi desventura: no quiere que a Cristo

entregue mi mano inocente; a quien quiere darme como esposo, no sé!...

21.—Plegaria por la muerte del Rey Humberto

de *Margarita de Saboya*

Porque fué misericordioso para con todos, de acuerdo con Vuestra ley, oh! Señor!, sed para con él misericordioso también y dadle paz!

Porque El no quiso otra cosa que la justicia, sed piadoso para con su alma, oh! Señor!

Porque El perdonó siempre a todos, perdonadle Vos los errores inevitables a la naturaleza humana, oh! Señor!

Porque amó a su pueblo y no adelantó más que un único pensamiento: el bien de la Patria, recibidlo Vos en la Patria gloriosa, oh! Señor!

Oh! Señor! El no hizo sino el bien en este mundo, no sintió rencor hacia nadie, perdonó siempre a quien le causó daño: sacrificó toda su vida al deber y al bien de la Patria y hasta el último momento trató de cumplir la misión que Vos, oh! Señor! le confiaste!

Por aquella sangre bermeja que brotó de tres heridas, por la muerte cruel que coronó toda una vida de bondad y de justicia, oh! Señor! piadoso y justo! recibidlo en vuestros brazos y dadle el premio eterno que merecieron sus virtudes!

Traducción y envío
de JOSÉ FABIO GARNIER.

UNIVERSITARIO

Organo de la Asociación Intelectual Americana

En el afán de que los escritores de América castellana lleguen a un conocimiento y estima mutuos de todos sus valores intelectuales, *Universitario* ofrece a todo abonado un cuarto de página para anunciar sus obras. *Universitario* aspira a ser la tribuna libre de todos los americanos y ofrece igualmente sus páginas a la colaboración de cuantos se adhieran al movimiento americano (Latino-Ibero-Americano).

UNIVERSITARIO

Revista trimestral. 2 Square Caulaincourt.
París XVIII

Abono: Francia 20 frs. Extranjero 24 frs.

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales

Organo del Centro de Estudiantes
de Derecho

Director:

VICENTE E. MARQUEZ BELLO

Secretario:

BERNARDO SIERRA

Redacción y Administración:

BALCARCE 167.—U. T. Avenida 5739
Buenos Aires.

A propósito del temor que inspiran las deudas contraídas por naciones débiles

Dos editoriales oportunos de *El Sol* de Madrid

Tacna y Arica

LA solución que parece va a darse a la cuestión de Tacna y Arica sería excelente sin el empréstito de que se habla. Suponemos que nuestros lectores conocen ya la solución que se proyecta. Se divide el territorio en disputa en una parte norte, que será del Perú, y una parte sur, que será de Chile. Por el medio se concede un corredor de unos veinte kilómetros de anchura a Bolivia, con salida al Océano Pacífico. Pero Bolivia concertará un empréstito de cincuenta millones de dólares, que los Estados Unidos se ofrecen a prestar, de los cuales serán veinte para Perú y otros veinte para Chile, a título de indemnización por el terreno que a Bolivia ceden, y los otros diez servirán para lo que quiera hacer Bolivia.

Decimos que esta solución sería excelente sin el empréstito, porque podría resolver satisfactoriamente la cuestión del Pacífico meridional. El solo hecho de separar a Chile del Perú serviría para que se fuesen apaciguando poco a poco los recuerdos de la guerra de 1878. La concesión de una salida al mar calmaría el resentimiento de Bolivia.

Lo malo que vemos en la solución es el empréstito. Ya se nos alcanza que es precisamente lo que más gustará en Chile y en Perú. Un donativo de veinte millones de dólares puede servir para suavizar muchas amarguras. No hay vencedores ni vencidos. El hecho de recibir dinero parece indicar que las dos potencias litigadoras saldrían vencedoras.

Pero Bolivia quedaría empeñada en otros cincuenta millones de dólares. Si se empleasen juiciosamente los diez millones que recibe, acaso bastarían, dada la fertilidad de Bolivia, para pagar los cincuenta millones. Lo probable es que no se empleen remunerativamente y que Bolivia sienta el empréstito de los cincuenta millones como una losa colgada de su cuello.

Comprendemos que es muy posible que los Estados Unidos hayan hecho la oferta del empréstito con la mejor intención del mundo. Se les habrá ocurrido como la mejor manera de suavizar las relaciones de Chile y el Perú. Pero lo cierto es que con ese dinero se les queda Bolivia sujeta. Sabido es que los norteamericanos no han aceptado nunca la doctrina Drago, que condena el cobro compulsivo de las deudas.

Por nuestra parte no hemos ocultado nunca el temor que nos inspiran las deudas contraídas por naciones débiles, políticamente hablando, con naciones poderosas. Mientras era Holanda quien prestaba dinero a los Estados Unidos, la situación carecía de importancia. Los Estados Unidos pagaban sus deudas porque les convenía conservar su crédito; pero ninguna consecuencia política habría seguido a su falta de pago. Pero si hubiera sido Norte América la potencia pres-

tamista y Holanda la deudora, la situación habría sido muy distinta. Cualquier falta de pago habría colocado la nación deudora a merced de la acreedora.

El caso de Bolivia y de los pueblos iberoamericanos es el de pueblos débiles y deudores de un pueblo fuerte. Si fuesen pueblos de un espíritu económico comparable, por ejemplo, al de los holandeses, su situación nos inspiraría menores recelos. Desgraciadamente, no es así. Por eso nos alarma la facilidad con que les vemos contraer empréstitos de una nación políticamente tan poderosa como los Estados Unidos.

No es que temamos que siga a los empréstitos una agresión por falta de pago. Pero lo que sigue inevitablemente es una cierta mediatización. El día en que un pueblo deudor necesita más dinero—y ello ocurre frecuentemente—se encuentra con que los acreedores se encuentran en condiciones que envuelven una verdadera mediatización política. Basta recordar lo sucedido recientemente con Bélgica cuando quiso contraer empréstitos para la estabilización de su franco. Las condiciones que imponían los banqueros extranjeros eran tan duras que Bélgica se vió obligada a desecharlas, con la consiguiente depreciación de su moneda.

Sabido es también que hace algunos años obligó el Gobierno norteamericano a cierta República hispanoamericana a efectuar economías tremebundas en su presupuesto. En resumen: la situación que se crea es de tal índole que no se puede decir que conserve la plenitud de su independencia el pueblo débil que contrae empréstitos en una nación fuerte.

La Asamblea hispánica de Panamá

En una revista chilena, *Rodó*, leemos un artículo titulado «La América ibérica al borde de perder su independencia». Nuestros lectores saben muy bien a qué puede referirse este título. Hace pocos días comentábamos la solución que parece va a darse al problema de Tacna y Arica. En ella entra, como parte principal, un empréstito de cincuenta millones de dólares concertado con los Estados Unidos, de los cuales veinte serán para Chile, veinte para Perú y diez para Bolivia. Tal vez este empréstito sirva a las tres naciones para aumentar su prosperidad en el porvenir; pero también puede resultar la metáfora del autor de ese artículo: América vive, como esos jovencitos, futuros herederos de una gran fortuna, pero que antes de recibirla la empeñan, poniéndose en mano de los usureros, que andan a caza de inexpertos, o como decía el general Obregón: «el pecado original de América es haber quedado huérfana demasiado joven y demasiado rica».

Méjico, Antillas, Centro América, Puerto Rico y Panamá—dice el autor del artículo—conocen la política norteamericana por ser

países muy cercanos. Algunos de ellos la han desenmascarado. Y en definitiva, la ley mexicana de protección contra el capital extranjero—que puede perjudicar a muchos capitalistas nuestros—es una manera de defender el hispano-americanismo, cuyo principal fundamento y supuesto es la independencia espiritual y política de las naciones hispanoamericanas. Esa ley mejicana es «el alerta a las naciones americanas para que no coman la tentadora manzana de oro». Por cierto que el autor recuerda que esta legislación no es nueva en América, porque ya España la había implantado para la defensa territorial y jurídica de sus colonias.

Pero la alarma y el espíritu de defensa que reinan en alguno de esos países fronterizos y cercanos no son sentidos por los más meridionales, aunque «fuera de la Argentina no hay país americano donde los yanquis no vengan con su oro... monopolizando las más valiosas producciones mineras y agrícolas». El autor del artículo, señor Fernández Pesquero, se indigna de que estos pueblos confíen en la distancia—«estamos muy lejos de allí», dicen—mientras enajenan en hipotecas alocadas la verdadera independencia y soberanía de su país. Señala también el distinguido escritor los ejemplos vivos y frescos de que la intervención de ese peligroso tutor en las diferencias de familia entre los países iberoamericanos es funesta para ellos, junto con el hecho del fracaso de la Liga de Naciones Iberoamericanas, proyectada por el Presidente Irigoyen, fracaso que atribuye «a la misma política que tiene mediatizada la gran Unión Centroamericana». Y, en fin, resume su idea con esta fórmula: «ningún empréstito, pero menos de Norteamérica», que coincide exactamente con nuestro comentario acerca del proyecto de arreglo a la cuestión Tacna y Arica. Esta coincidencia nos es grata porque revela que hemos acertado a interpretar exactamente la actitud con que buena parte de Hispanoamérica acoge la propuesta norteamericana, demostrando así una vez más que el punto de vista español respecto a América es el mismo punto de vista en que se colocan las naciones hispanoamericanas cuando defienden su independencia. Ningún pueblo ha logrado sostener su soberanía más que dentro del círculo de su misma cultura; aquí es donde puede vivir y desarrollarse. Y este hecho, que los pueblos hispanoamericanos, por virtud de las circunstancias históricas, parecieron olvidar durante más de un siglo, se impone por sí mismo como reacción contra una cultura extraña, de otra religión, otra raza y otro pueblo. Ahora bien: a la reacción puramente mecánica en un sentido debe ir unida la acción reflexiva y esforzada. Procuremos nosotros—nosotros somos España y la América hispánica—realizarla, comenzando por dar a ese Congreso de las naciones ibéricas que se celebrará en Panamá dentro de este año, su verdadero sentido de reunión general de una raza, de una cultura frente al porvenir. «No creemos—escribíamos días pasados—que en todo el pasado siglo y el presente se haya ofrecido a España momento más decisivo en la orientación de su futuro... ¿Esperará España indiferente a que llegue el 12 de octubre próximo?»



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Don Illán el Mágico

Don Illán el Mágico vive en Toledo. Un mágico es un hombre sencillo y respetable. Tenéis una idea errada de lo que es un mágico. Un mágico no es un señor barbado y hosco que lleva en la cabeza un cucurucho con estrellas pintadas; un mágico es un hombre silencioso, discreto, de una mirada inteligente y dulce, de unas maneras suaves. Don Illán vive en Toledo; habita en una casa silenciosa y limpia. Grande es su renombre de sabiduría; a todos los ambitos de España se extiende. Allá en Santiago de Galicia, un deán de la catedral ha entrado en deseos de conocer los secretos del arte mágico. ¿Para qué querrá conocer tales misterios este deán? Y ¿quién mejor que don Illán podrá—si quiere—enseñárselos? Pues a Toledo se encamina nuestro deán. Cuando llega a Toledo endereza sus pasos a la casa de don Illán. A éste «fallólo que estaba leyendo en una cámara muy apartada»; es decir, tal vez en un desván, en un cuartito lejos de los ruidos de la calle, y que tiene por panorama—que se atalaya desde la ventana—una vasta extensión de tejados y de torrecillas, que se destacan bajo el cielo azul, un cielo por el que caminan unas nubes blancas.

Don Illán recibe cordialmente al viajero. Con exquisita amabilidad se dispone a enseñar su ciencia al deán de Santiago. En el coloquio que acaban de tener, el deán ha manifestado que él es hombre ante quien se abre un halagüeño porvenir: ahora es deán; dentro de unos años, seguramente llegará a arzobispo, a cardenal, a papa. El deán, en cambio de la ciencia que le iba a comunicar don Illán, «le prometió y le aseguró que de cualquier bien que de él oviera, que nunca faría sino lo que él mandase». No hay, por tanto, más que hablar. Don Illán manifiesta que la ciencia que él ha de enseñar «non se podía aprender sino en un lugar muy apartado». Esta misma noche tendrán los dos la misteriosa conferencia. Antes, don Illán llama a su cocinera y le ordena que prepare unas perdices para la cena. Don Illán desea obsequiar con este yantar al viajero.

Llega la noche; se dirigen ambos a esa cámara secreta donde don Illán ha de dar su conferencia. «Entraron ambos por una escalera de piedra muy bien labrada, y fueron descendiendo por ella muy gran pieza en guisa que parecían tan bajos que pasaba el río Tajo sobre ellos; é desque fueron en cabo de la escalera, fallaron una posada muy buena en una cámara mucho apuesta que ahí había, do estaban los libros y el estudio en que habían de leer». No os imaginéis retortas, matraces, hornillos y redomas. No un gran caimán puesto colgando de una pared. No tibias humanas ni un ancho infolio y un reloj de arena colocados encima de una mesa. Esta cámara subterránea, tan honda que sobre ella quizá pase el río Tajo; esta cámara no es más que una biblioteca henchida de raros y preciosos libros. La estancia no está alumbrada por el resplandor rojo de los hornillos. Don Illán debía de ser uno de estos hombres que, viviendo en su siglo (el XII o el XX), viven real-

mente en un futuro en que fuerzas misteriosas que hoy desconocemos—pero que presentimos—harán que sea posible lo que hoy juzgamos irrealizable. Cuando ha entrado por su puerta el deán de Santiago, don Illán, a través de la materia y a través del tiempo, ha leído el alma de este hombre. Este hombre es un ingrato.

Ya se dispone don Illán a comenzar su conferencia, cuando aparecen unos mensajeros que le traen una carta al deán. Hemos olvidado decir que el deán es sobrino del arzobispo de Santiago. En la carta se le notifica una grave enfermedad del arzobispo. El deán contesta otra epístola, diciendo que siente mucho no poder ir a acompañar a su tío. «Dende a cuatro días llegaron otros hombres a pie, que traían otras cartas al deán, en que le fazía saber que el arzobispo era finado». Se preparaba en aquellos momentos en Santiago la elección de nuevo arzobispo; todos deseaban elegir al deán. Transcurren siete u ocho días más y aparecen «dos escuderos muy bien vestidos y muy bien aparejados»; los cuales escuderos se llegan hasta el deán, le besan reverentemente las manos y le entregan una carta en que se le notifica que ha sido elegido arzobispo de Santiago.

Ya tenemos a nuestro deán hecho arzobispo electo. Ya rebosa de satisfacción. Ya se ve en su palacio de Santiago sentado en uno de esos sillones de terciopelo, con bordados ricos de sedas en que—más tarde—había de poner Antonio Moro algunos de sus personajes regios. Don Illán da la enhorabuena al electo arzobispo. Y como don Illán ha sido generoso con él enseñándole su ciencia misteriosa, don Illán ruega al arzobispo que el deanazgo vacante lo provea en un hijo suyo. El arzobispo, cortés y atento, se dispone a acceder a la petición de don Illán: sin embargo, deseaba exponerle una cierta consideración. El «le rogava que quisiese consentir que aquel deanazgo lo hubiese un su hermano»... Nótese la irreprochable cortesía del electo arzobispo: el deanazgo es para el hijo de don Illán; no hay más que hablar de ello; mas él, el arzobispo *ruega* a don Illán que *quiera consentir* que sea para un hermano del arzobispo con quien el arzobispo tiene un grande y antiguo compromiso. Y añade: «Más que él le faría bien en la Iglesia en guisa que él fuese pagado, y que le rogava que se fuese con él a Santiago y que levase con él a aquel su hijo».

Ya están todos en Santiago. El arzobispo es un buen arzobispo; todos le quieren bien: él es bondadoso con todos. Al cabo de algún tiempo llegan unos mandaderos del papa. Ha vacado el obispado de Tolosa; para esa sede nombra el papa al arzobispo de Santiago. Entonces don Illán pide con mucho encarecimiento que el arzobispado vacante de Santiago sea para su hijo; de nuevo torna a darle la razón el antiguo deán a su amigo y bienhechor; pero le ruega que permita que este arzobispado sea para un tío suyo, hermano de su padre. «Y don Illán dijo que bien entendía que le faría muy gran tuerto, pero que lo consentía en tal que fuese seguro que ge lo enmendaría en adelante». De muy buen grado se lo prometió el arzobispo, y rogóle que se fuese con él a Tolosa y que llevase a su hijo. Ya están todos en Tolosa. A los dos años llegan otra vez mandaderos del papa. El papa ha nombrado cardenal al obispo; el obispado de Tolosa puede darlo a quien quiera. Aquí tenemos a don Illán de nuevo solicitando la vacante para su hijo; tantas veces han fallado sus pretensiones, tantas veces el favor le ha sido denegado, que parece absurdo que ahora no se le cumplan sus afanes y el obispo le dé una nueva excusa.

Pero así es, desgraciadamente. El nuevo cardenal ruega—tan cortés como siempre—que el obispado vacante de Tolosa sea para un tío suyo, hermano de su madre. «Y don Illán quejóse mucho, pero consintió en lo que el cardenal quiso, y fuese con él para la corte».

Ya están todos en Roma. El nuevo cardenal desempeña admirablemente su cargo; gran consideración le guardan los demás cardenales. Ocurrió que el papa falleció; los cardenales eligieron por papa al antiguo deán de Santiago. Ha llegado la ocasión—¡por fin!—de que don Illán pueda ver colmados sus deseos. Su amigo no podrá tener efugio alguno para hacerlo. Al papa representa don Illán lo que espera de él. «Y el papa dijo que no le afincase tanto, que siempre habría lugar en que le hiciese merced según fuere razón». Entonces don Illán, amargado, desesperanzado, se lamentaba con palabras ardientes. Estas palabras pusieron en indignación al papa. El papa, apurada la paciencia, reprochó su pesadez y pertinacia a don Illán. Más hizo: le amenazó con meterle en prisión si persistía en su actitud; puesto que él, don Illán, era un hereje y un nigromántico, ejercitador de reprobadas y diabólicas artes. Cuando esto oyó don Illán, no quiso permanecer más en Roma. Ni para el camino le dió el papa, su antiguo amigo, un viático...

Lector: Todo esto que nos cuenta un gran aristócrata, nieto de un santo y rey a la vez — don Fernando—, no tiene nada de irreverente. Todo es una ingeniosa ficción. Al llegar el relato al punto en que lo hemos interrumpido, bruscamente, mágicamente, el deán de Santiago y don Illán se encuentran los dos en la cámara subterránea de Toledo. Don Illán ha visto, en un segundo, a través de la materia y el tiempo. Despide al deán y él se come solo las perdices preparadas para la cena. Don Illán había adivinado que si él tuviera con este hombre la generosidad de enseñarle su ciencia, este hombre luego no sería agradecido con él.

Seamos buenos, corteses, afables: que nuestro corazón esté siempre dispuesto al bien. Pero cuando vayamos a poner toda nuestra alma, nuestro trabajo, nuestro porvenir, la paz de los nuestros y aun nuestra propia vida al servicio de un hombre o de una causa, miremos si ese hombre y si esa causa son dignos de nuestro supremo sacrificio.

Lo vuelve a contar
AZORÍN

España.

La hormiga

Ahorcajado en un tallo seco,
un gnomo anciano está desnudo.
La ropa la guardó en el hueco
de su bonete puntiagudo.

Sin temor de ser aplastada,
con insolente desparpajo,
va una hormiguita colorada
sobre su piel de renacuajo.

Camina por la espalda, deja
la nuca, que es un mal sendero,
y entra, pasando por la oreja,
en sus patillas de banquero.

Sin cosquilleos temerarios,
sobre las hebras se desliza,
porque los gnomos centenarios
suelen usar barba postiza.

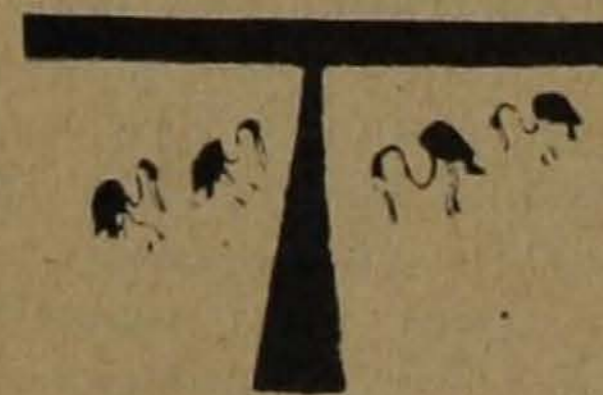
Sale, al fin, muy oronda, como
de su hormiguero, de la barba,
y trepa a la nariz que el gnomo
con el meñique se la escarba.

El viejo gnomo, incomodado,
la frunce a tiempo que ella fuga,
pero una pata se ha quedado
aprisionada en una arruga.

Resígnate, buena hormiguita:
te va a comer, está segura:
para tí no se necesita
tener muy buena dentadura...

HORACIO REGA MOLINA

Rep. Argentina.



Nuevos Discos "VICTOR"

Acabamos de recibir una magnífica remesa de Discos
Música clásica, Operas, Operetas, Música de baile y Canciones

VENGA A OIRLOS

PIZA e HIJOS

Distribuidores de THE VICTOR TALKING MACHINE Co.
Camdan, N. J.

